

And then...

Andenes. Crónicas



And then...

Andenes. Crónicas
DF NY ADRIANA
GONZÁLEZ
MATEOS



Textos de Difusión Cultural
Serie Diagonal



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Coordinación de Difusión Cultural
Dirección de Literatura
México, 2015

Primera edición: marzo de 2015

D.R. © Adriana González Mateos

D.R. © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán,
04510, México, D.F.
Coordinación de Difusión Cultural
Dirección de Literatura

Diseño de portada: Roxana Deneb y Diego Álvarez

ISBN: 978-607-02-6460-3

ISBN de la serie: 968-36-3757-4

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México.

Quel est celui de nous qui n'a pas, dans ses jours d'ambition, rêvé le miracle d'une prose poétique, musicale sans rythme et sans rime, assez souple et assez heurtée pour s'adapter aux mouvements lyriques de l'âme, aux ondulations de la rêverie, aux soubresauts de la conscience?

C'est surtout de la fréquentation des villes énormes, c'est du croisement de leurs innombrables rapports que naît cet idéal obsédant...

CHARLES BAUDELAIRE

CARRY THAT WEIGHT

Hasta el día de hoy tengo colgado en la entrada de mi casa un cartel de Mona Caron que la mayoría de mis invitados registra superficialmente. Visto al pasar parece un cartel *Art Nouveau*, con letras que recuerdan los diseños de Mucha y una enorme ángela con las alas distendidas, evocadora de ciertas modas de la *Belle Époque*. Yo lo veo con otros ojos: las letras dicen *Critical Mass* y la chica con alas está repartiendo los volantes de ese movimiento: *Reclaim the streets, Green City*. Lo que rodea su cabeza no es una aureola, sino el engranaje de una bicicleta. Mona lo dibujó para celebrar los diez años de un movimiento cuyas raíces podrían ramificarse y seguir hasta perderse en el pasado abismal. Hay quien las confunde con la cola de la serpiente del Génesis. Ese cartel es reliquia de la época en que yo vivía en Nueva York y escribía pequeñas crónicas para un suplemento de *La Jornada*, hoy archivadas en la hemeroteca virtual del periódico. Hace más de diez años, allá por el año 2000: iba de aquí para allá escribiendo sobre la gente que conocía, las costumbres que me asombraban, la ciudad que jamás podría abarcar y otras a donde viajaba para trabajar o para visitar a alguien. Alguna vez la redacción me llamó “nuestra *girl in the Big Apple*”. De un viaje que hicimos Chris y yo a San Francisco salieron esas páginas sobre Mona. La pantalla me las devuelve junto con una foto de esa belleza italiana encaramada en un andamio, pintando su mural:

Cuando la conocí, Mona estaba planeando ir a Washington para participar en las protestas contra el Banco Mundial. Empezó por hablarme de su pueblo, en la Suiza italiana, cerca de donde se fundó, a principios del siglo xx, una colonia alternativa llamada Monte Verità. Ahí vivieron Isadora Duncan, D.H. Lawrence, Hermann Hesse, C.G. Jung y otros personajes preocupados por encontrarle salidas a una infelicidad que Freud llamó “el malestar en la civilización” y ellos entendieron como un reto para ensayar nuevas formas de relacionarse entre sí y con la naturaleza, al margen de la Europa industrializada. Una breve exploración en la biblioteca, al día siguiente, me permitió mirar algunas fotos de Monte Verità y sus habitantes. Ahí están, de barbas y pelo largo, con sandalias o descalzos, explorando al aire libre las posibilidades de la danza moderna. Pero Mona y yo no hablamos demasiado tiempo de esos *hippies avant la lettre*, porque han sido reemplazados por un experimento contemporáneo: ahora existe en esa misma zona, en las orillas del Lago Maggiore, al borde de los Alpes, un restaurante inspirado en los principios del movimiento *slow food*: sus adeptos se quejan del deterioro de la calidad de vida y de la horrenda comida que sirven las cadenas transnacionales. Todos los platillos han sido confeccionados con ingredientes locales; la dueña se jacta de no servir la carne de ningún animal a quien no haya conocido personalmente. En el refrigerador están las chuletas del cerdo *Pascualino*, que jamás comió alimentos industriales ni fue sometido a tratamientos de hormonas y antibióticos. En vez de un obscuro paisaje de rastro, la conciencia de que cada animal y cada cosecha proceden de un ambiente que es necesario preservar. Hay cantidades limitadas de cada platillo, porque uno de los propósitos es reducir al mínimo el transporte de ingredientes desde largas distancias, pues acelera el calentamiento global, y fortalecer la economía de la región al consumir los productos de los alrededores.

El transporte sigue siendo una preocupación de Mona, que acaba de pintar un mural para la asociación ciclista de San Francisco, la propulsora del movimiento *Critical Mass*. Me cuenta cómo el mural fue cambiando a medida que ciclistas y paseantes hacían comentarios y ofrecían recuerdos o sugerencias, incluyendo a un *homeless* que donó un dólar para contribuir al proyecto y más de cincuenta pintores voluntarios. Así emergió una historia de las bicicletas en San Francisco, que es también una historia de cómo las grandes empresas han transformado la ciudad, destruyendo opciones de transporte colectivo como los tranvías, comprados y discontinuados por los constructores de automóviles durante la década de los treinta. El paisaje actual, pintado por Mona, es un embotellamiento que crece bajo el cielo contaminado, ante los rascacielos de las grandes corporaciones. Estos edificios fruncen el ceño, preocupados por lo que sucede a sus pies: un creciente grupo de ciclistas se reúne hasta formar la masa crítica que una vez al mes toma las calles. En el mural, algunos tripulan máquinas voladoras, propulsadas por tracción humana: son utopistas e innovadores que llevan a la práctica sus ideas de transformación y convierten la política en una exigencia de cambio concreto, observable en la ciudad donde viven, en las calles que transitan y el aire que respiran.

Para perseverar en nuestra vocación globalifóbica nos detenemos frente a la pintura de una planta sudafricana que ahora crece en diversas playas del mundo, porque fue usada a bordo de los barcos como material de embalaje. ¿Qué hace en el mural de Mona? Ni a mí ni a Mona, que somos extranjeras, nos gusta la carga ominosa que detectamos en el discurso de quienes conservan los parques norteamericanos, ahora empeñados en exterminar este tipo de plantas, llamadas “exóticas”: como están fuera de su ambiente original y no tienen predadores naturales en la zona, se extienden de manera incontrolada y desplazan a las especies locales. Con la misma

fecundidad que estos árboles y enredaderas se extienden las metáforas: estas plantas son como inmigrantes, están siendo rechazadas y exterminadas por autoridades preocupadas por mantener la pureza de identidades excluyentes. Pero estas plantas son también como los McDonald's: invasoras que destruyen la economía, la tradición, la identidad local. Llegamos a la conclusión de que la metáfora más antigua suele ser la más acertada. Hay que recogerla en las tragedias griegas: cuando hay problemas en el gobierno de la sociedad humana surgen problemas en la naturaleza.

Ninguna de nosotras se acuerda en ese momento de John Berger, pero poco después estoy leyendo *Why look at animals?*, que repara en la semejanza entre los guetos, los campos de concentración y los zoológicos, entre el efecto embrutecedor del trabajo industrial y las condiciones en que son criados los animales que comemos. El exterminio de la vida salvaje va acompañado por nuestra reducción al estatus de bestias de trabajo. Entre tanto, Mona y yo seguimos en el mural la ruta de las bicicletas, construida sobre la huella de un antiguo arroyo. Al cabo, éste cuartea el pavimento y conduce al mar, en una ruta visitada por zorrillos, tejones, salamandras, pájaros e insectos: estos habitantes de la zona de la bahía de San Francisco recuperan poco a poco un espacio que vuelve a ser de arena y tierra. En cierto momento, la huella de la bicicleta se transforma en una víbora, una experta en la renovación y el cambio.

Apenas hago esta asociación, Mona me advierte que los ciclistas y peatones pintados en el mural no tienen ninguna pretensión simbólica: no están ahí para representar a la población negra, gay o china de San Francisco. Son retratos de personas concretas involucradas en el movimiento ciclete-ro; muchos participaron en la elaboración del mural y cada mes agregan su bicicleta a la acumulación de *masa crítica*. Creen que sus ideales de transformación constituyen una

utopía muy realizable. Por eso, el tranvía que se detiene en la esquina de la calle Duboce, donde empieza el mural, se llama *Deseo*. Así es como Mona define a sus ciclistas: experimentan la libertad de quienes avizoran alternativas. Son quienes se niegan a conformarse con el mundo tal como lo conocemos, los que imaginan otras vías.

(Más sobre Mona Caron y el mural de la calle Duboce en www.monacaron.com.)

Hasta ahí la crónica de *La Jornada*, a la que apenas alteré dos o tres detalles. La palabra *globalifóbicos*: antes de dejarla donde la escribí hace más de diez años pensé en su efímero auge, iniciado por activistas que querían burlarse de Ernesto Zedillo y luego abandonada por el movimiento altermundista, que la encontró inexacta y peligrosa. La imagen de la víbora: en ese viaje a San Francisco, por recomendación de un amigo de Chris, me compré *The Many Headed Hydra*, de Peter Linebaugh y Marcus Rediker, cuyo subtítulo me emocionó: *Sailors, Slaves, Commoners, and the Hidden History of the Revolutionary Atlantic*. Es una historia de los marinos pobres, los esclavos, los rebeldes y herejes que cruzaron en todas direcciones el Atlántico, llevando de un lado a otro sus protestas, sus costumbres, sus maneras de resistir al imperio y de construirse paréntesis, excepciones, territorios libres. Me fascinó que el libro estuviera recorrido por una serpiente mágica: la hidra, que desde esas épocas es un símbolo de las sublevaciones que jamás dejan de asediar a un imperio hercúleo que se esfuerza en arrancarle las cabezas sólo para verlas renacer amenazantes, iguales pero distintas, replicándole con sus lenguas malignas. Aún hay entre sus páginas una nota garabateada en un *post-it*: Buda es protegido por una serpiente de muchas cabezas mientras medita; en cambio Heracles la persigue y la mata (aunque ella se vengará después: su sangre es

el veneno que acaba con el héroe). ¿Habría en esa leyenda una fobia imperialista, un machismo siempre renovado, qué?

Ahora me produce cierta incomodidad escribir que bajé la crónica de la red, porque mi computadora es otro ejemplo de tecnología devastadora, como el celular, como casi todo lo que me rodea. Pero quizá porque me hacía preguntas excesivas mi trabajo como cronista no pasó de tres o cuatro colaboraciones. Quizá nunca pude escribir un libro sobre Nueva York porque la ciudad y el mundo del que era síntoma —del que soy síntoma— me han excedido durante todos estos años.

ESCRIBIR PORQUE SÍ, POR VER SI ACASO

Había ido a Nueva York a hacer un doctorado. Dada mi vida actual la cosa parece absurda —o no—. Había sido reportera de radio y televisión varios años y poco a poco fue creciendo en mí el deseo de una vida más estable, de un trabajo más profundo que no estuviera atado a las órdenes semanales de los programas donde trabajaba. Entré a la Facultad cuando esa frase me parecía suficiente. ¿Qué otro lugar podía haber para estudiar Letras? La legendaria UNAM llena de historia, escenario de tantas novelas, inspiración de tantos poemas. Apenas llegar, sin necesidad de cruzar el umbral presidido por la estatua de Dante, me encontraba en un mundo diferente: había *hippies* vendiendo aretes hechos por ellos, ropa, cháchara y media que se proponía como alternativa a la moda de afuera, a todos los estilos frecuentados por la gente que yo trataba en el trabajo y me inspiraba una desilusión mal formulada pero muy viva. No sabía exactamente qué quería pero los pasillos de la Facultad me colmaban de excitación: había carteles con llamadas a la acción política, gente cargada de libros que se esmeraba en verse como si los estuviera escribiendo, conversaciones sobre literatura, filosofía, arte. Yo había entrevistado a muchos escritores y sabía de memoria las convenciones para transmitir una imagen atractiva (les gustaba posar frente a sus libreros, sentados ante el escritorio, con una pluma en la mano y varias hojas sueltas, o con la cabeza pensativa apoyada en el puño) pero en la

Facultad encontraba una sensación vibrante: ahí había gente capaz de apasionarse por lo que hacía.

Ahí conocí gente, leí y escribí muchísimo, hice la maestría, adquirí una formación que en ese tiempo me pareció respetable, aunque mi afán totalitario me señalaba con insistencia las lagunas y los huecos. Pero algo debía andar bien, porque al cabo de unos años publiqué tres libros.

También me convenc... Odio conjugar ese verbo porque me encantaría decir me convencieron. Debía, quería, lo razonable y lo mejor era hacer un doctorado.

Muchas veces, cuando me acerco a la universidad donde trabajo, me pregunto si mis estudiantes ven en mí la seducción que yo veía en mis profesores. Ni siquiera es algo personal: los veía como dueños de sólidos conocimientos, agraciados por una vida próspera. La estabilidad que yo anhelaba. La literatura compra buena ropa, películas extrañas, música que nadie ha oído, conversaciones fascinantes. ¿De veras fui tan ingenua, lo serán ellos? Amaba esos símbolos de estatus y los creía emanados del arte, llegaba a la Facultad como a un oasis donde la realidad daba un salto hacia una versión mucho más intensa de sí misma.

La Facultad era el único lugar donde se podría hablar de ciertos temas afuera decretados irreales, como la diferencia entre ser un escritor y ser una escritora. Los inicios de una crítica que fuera más allá de los temas y los aspectos formales y analizara las instituciones que hacen posible la literatura: sus financiamientos, su inserción social, sus ramificaciones culturales. No digo que encontrara esas discusiones de inmediato. Me vi sumergida en seminarios que debatían sobre narratología, la composición de la metáfora, los narradores en *El Quijote*. Muchos dados por mujeres brillantes, seguras de sí, al parecer felices. Aun los temas más abstrusos eran discutidos con una inteligencia que no era fácil encontrar afuera.

También iba todas las semanas a una tertulia de escritores. Cuando me invitó uno de mis amigos de la Facultad me sentí orgullosa como si se tratara de un ascenso. Alguien me consideraba lo suficientemente lista como para ir a sentarme entre esos seres cuyos nombres aparecían en revistas literarias que me hacían bostezar desde la primera página pero cuyo prestigio reconocía.

Cada semana se reunían en un café que al principio me perturbó por convencional. Lo frecuentaban señoras de edad que debían hablar de sus nietos y hombres en declive preocupados por sus negocios. Los poetas pedían pastelitos de fruta y leían textos escuchados con admiración reverente por un coro de mujeres que mucho más esporádicamente se atrevían a llevar algo. En esas ocasiones los comentarios servían para ilustrar la magnánima tolerancia de los hombres. Mis cuentos encontraban una fortuna ambigua: arrancaban risas, pero eran calificados de perversos.

En cambio mis profesoras de la UNAM me animaban, me recomendaban libros, me ayudaron a conseguir una beca. No tardé mucho en empacar para irme a Nueva York.

UN MUNDO PROCESADO

Al escribir me maquillo, busco mi mejor ángulo. El cual es incierto, definido por la fugitiva forma del libro que —quizá— escribo. En ese tiempo mi mejor ángulo era otro: les dije a mis amigas que estaba harta de cómo me trataban los hombres en México. Me iba a Nueva York a ver si acaso allá eran distintos. Nunca imaginé que iba a conocer a Chris y a todo un mundo de gente a quien aquella pregunta habría hecho reír.

Vi por primera vez a la mujer barbuda durante una comida organizada para presentarme a la familia de mi futuro marido. Habíamos viajado desde Nueva York hasta San Francisco con el expreso propósito de celebrar con ellos, pues nos íbamos a casar en México y la mayoría no planeaba venir a la boda. Como una de las anteriores parejas de Chris había sido cantante de ópera y vegetariana estricta, y la otra practicaba la santería, estaba preparada para que me miraran con precaución, anticipando la rareza que sabrían a punto de revelarse en mí. Yo me contentaba con responder a sus preguntas con mi moderado acento mexicano, un tanto inseguro sobre la mejor manera de adaptarme a su idea de la perfecta *bride to be*.

De pronto la cara de mi futuro suegro se iluminó con alegría inconfundible: su hija mayor acababa de llegar, acompañada de su pareja. Me giré para saludar, engalanada con mi mejor sonrisa, y me encontré frente a frente con la barbona.

—*Glad to meet you!* —me lanzó, amabilísima.

Yo le tendí la mano muy cordialmente y le ofrecí una silla junto a la mía, incapaz de apartar los ojos del cairelito rubio que se ensortijaba desde el extremo inferior de su cara hasta la base de su cuello y armonizaba con la corbata de seda y el chaleco bordado que testimoniaban sus andanzas por varios *flea markets*. Junto a mi cuñada, preciosa en su vestido malva, la barbuda tenía el aire de un dandi a punto de ofrecer una pipa de hachís, de un *hippie* versado en el arte de la paradoja. Antes de dos minutos ella y Chris se lanzaron a una conversación apasionada sobre las últimas manifestaciones altermundistas y pude contemplarla sin necesidad de fingir, cautivada por mi incapacidad para definirla.

—Es una maravillosa repostera —me confió mi suegra al día siguiente, después de deshacerse en elogios sobre su nuera, mientras desayunábamos en la mesa de la cocina—. Hace galletas para la iglesia. Prueba ésta.

Me ofreció un prodigio que se desintegraba en la boca, dejando un rastro de nuez y especias de nombres desconocidos que se iban esfumando poco a poco, como una bailarina entre velos arremolinados.

Yo acababa de probarme mi vestido de novia. Como la idea de casarme de blanco nunca había estado entre mis prioridades, la inundación de bordados y encajes me producía un placer indeciso. Quizá me sentía más rara con ese atuendo que la mujer barbuda en el momento de calarse el sombrero. Me comí otra galleta para darme tiempo de identificar su secreto. Para romper el silencio, le pregunté a mi suegra si la barba era real. Genética, contestó.

Llevaba años tratando de solventar de algún modo la falta que constituye el núcleo de mi ser. Ahí estaba el vestido de novia, por ejemplo. Y si me ponía a enumerar habría podido entretener a mi futura familia con muchas anécdotas. Hubo una época en que me dio por una interpretación literal de la

falta y tuve un perro salchicha. Coleccioné fotos de obeliscos y de misiles. Quise ejercer puestos de gran poder, ostenté una chequera, me compré una pistola, logré fumar puros. Aprendí a hablar con voz ronca, me tiré en paracaídas, grité más que nadie en los partidos de futbol. Pero entre más dominé las artes masculinas, más comprendí su inutilidad. De cualquier manera, como el dinosaurio y por más que alardeara de cavernícola, la falta seguía ahí. Jamás había logrado nada que se acercara ni de lejos a esa galleta. O a esa barba, *for that matter*.

De todas maneras, había madurado mucho; estaba a punto de asumir públicamente mi aceptación de la falta y de jurar la epístola de Melchor Ocampo. Tendría varios hijos, que son una manera muy aceptable de dejarse crecer la barba. Me pregunté si el parto psicoprofiláctico dolería menos que una depilación con cera.

Mi suegra me dejaba estar. Tomó otro sorbo de café, aguardando nuevas preguntas.

En eso Chris entró a la cocina, nos besó a las dos y me preguntó si ya estaba lista. Teníamos mucho que hacer, íbamos a comer con unos amigos en The Haight y en menos de una hora debíamos encontrarlos en la librería anarquista. Quizá después daríamos un paseo en bicicleta con ellos y los escucharíamos inventar otra utopía en torno a esa ciudad donde ya se han encarnado tantas. Sin dejar de pedalear por los senderos que dominan la bahía los oiríamos imaginarse un San Francisco con menos autos y menos *yuppies* de Silicon Valley (que ellos llamaban *Silly Con Valley*), con más tiempo libre y menos disposición a emplearlo en las formas previstas. San Pancho nos esperaba con sus veintitantas variedades de aceite de oliva, sus vinos de todos los colores de la luz y sus tomates amarillos. Recorrimos librerías de viejo, restaurantes, tertulias, los murales del barrio mexicano y las tiendas del barrio chino, vimos el crepúsculo desde un café

italiano en North Beach y visitamos la mítica librería de Ferlinghetti, llena de novedades mexicanas.

Esa noche Chris me preguntó cuál era mi mayor deseo, qué se me antojaba para coronar mis regalos de boda. Dudé un momento, pero mi inminente marido se rió.

—Ya lo adiviné y aquí te lo traigo —me dijo. De un paquetito elegantísimo, envuelto en papel de seda, saqué la suma de mis anhelos. A mi medida y del color de mi pelo, Chris acababa de regalarme mi primer bigote.

HUELLA BÍFIDA

Aunque Nueva York sea la ciudad más fotogénica del mundo, la que aparece con más frecuencia en las películas, tiene poco en común con su imagen cinematográfica. Si las imágenes del Skyline, los rascacielos y los árboles de Central Park son clichés entrañables para el *mainstream*, el verdadero aspecto de estas calles desborda la estética comercial. Por eso tantas aventuras neoyorkinas están filmadas en un estudio de Los Ángeles o en ciudades canadienses. Woody Allen y *Seinfeld* han mentido laboriosamente: sus chistes suceden en un Nueva York blanqueado, un Nueva York de utilería. Las calles de Nueva York están llenas de coreanos y tailandeses, senegaleses y nigerianos, pakistaníes y árabes, mexicanos y peruanos, griegos y búlgaros que estiran y recortan el inglés a su medida, le añaden lo que según ellos le falta, lo deforman para siempre al imprimirle brusquedades y definiciones extranjeras. En esta ciudad cada objeto tiene mil nombres divergentes traducidos a una palabra inglesa que a todos sirve y a nadie satisface, ni siquiera a los *real newyorkers* que lamentan la pérdida del habla de Brooklyn, de las palabras características del Upper West Side, los tonos y modismos que alguna vez acompañaron a los *bagels*. Al alcance de todos, una frase en inglés sirve como un andén del *subway* para pisar el lugar común que permite funcionar pero no puede considerarse nunca ni del todo hogar de nadie.

Algo similar sucede con el español. Es la lengua más solicitada y estudiada, la indispensable para anunciantes, servidores públicos y vendedores, la que puede oírse sin interrupción por estas calles. Pero las compañías de traductores comerciales distinguen entre la lengua de los mexicanos y la de los caribeños, que de ningún modo puede confundirse con la de los argentinos o los españoles. Sin academias que establezcan lo correcto, el español de Nueva York es una multitud de dialectos más o menos inteligibles pero siempre al borde del malentendido. Para evitarlos, para jugar, para pasar más fluidamente entre distintos mundos, surgen las variedades del espánghlish, que ha producido momentos brillantes en la literatura nuyoricana pero empieza a recibir la influencia de una ola migratoria más reciente, cada vez más numerosa. El sonsonete de Frank Sinatra deja lugar a la avalancha de Nu Yol, Nu Yol, y en ciertas calles, en ciertas mesas y *bodegas*, se convierte en una tonada mexicana.

No se pueden señalar en el mapa los límites de los barrios habitados por mexicanos en esos años próximos al cambio de siglo: se extiende como una criatura imprecisa, con tentáculos en El Barrio, en el Bronx, en Queens y en Brooklyn, con pequeñas colonias en Staten Island. Nadie sabe cuántos habitantes tiene: los cálculos varían según el informante, porque un número indeterminado y creciente carece de papeles y evade los conteos, pero se sabe que vienen de La Mixteca, del estado de Puebla, a veces también de Guerrero, de Oaxaca, de Ciudad Neza. Aunque los orígenes de la migración poblana a Nueva York se sitúan en los años cuarenta y muchos de esos migrantes están bien establecidos, en los últimos años el número de recién llegados ha aumentado hasta convertir a los mexicanos en el tercer grupo más grande de hispanos en la ciudad, superado sólo por los puertorriqueños y los dominicanos.

Los nuevos mexicanos en Nueva York son una población fantasma. Están fuera de los contratos colectivos y los reglamentos de los sindicatos, más allá de los censos, al margen del derecho a votar aquí o en México. Pero están en todas partes, sirviendo mesas, cocinando, cosiendo, limpiando, vendiendo flores y verduras, construyendo. Son uno de los factores del milagro económico: como no tienen papeles, trabajan por salarios ínfimos, aceptan empleos que no cumplen con los reglamentos de seguridad, trabajan horas extras, amortiguan el impacto de la inflación inevitable si la abundancia de empleos disponibles fuera afrontada en las condiciones reguladas por las leyes. “La economía florece como nunca” canturrea el *New York Times* entre el frufrú de teléfonos celulares más baratos cada día. La algarabía de los idiomas parece calmarse ante el flujo de los dólares, ante el rumor de los *yuppies* que compran hoy lo mismo que compraron hace un año, lo mismo que van a comprar mañana. Sus rostros acentúan su aburrimiento cuando encuentran fuera de una *bodega* a un piquete que reparte volantes, interpela a los paseantes, denuncia las condiciones de trabajo. Algunos clientes mantienen su indiferencia, otros insultan a los trabajadores, pero otros más los apoyan y dejan de comprar en esa tienda. Son mexicanos que durante meses han protestado por las condiciones de su empleo: dos o tres dólares por hora, jornadas de doce a catorce horas diarias, ninguna prestación pero muchas posibilidades de insultos y maltratos. Para algunos la aventura es fatal: hay muertos como el albañil mexicano que perdió la vida en una construcción, en Brooklyn, porque la compañía no cumplía con los reglamentos de seguridad y lo contrató porque no estaba protegido por ningún sindicato. O el *garment worker*, también mexicano, también indocumentado, que no pudo salvarse del incendio en el taller donde trabajaba porque nadie calculó lo necesario para rescatarlo.

Dos tipos de silencio amordazan a estos mexicanos: son indocumentados y no saben inglés. Aun cuando el Servicio de Inmigración y Naturalización finja ignorar su existencia y no impida que presten sus baratísimos servicios, encuentran otras dificultades. En un hospital del Bronx, una mujer a punto de dar a luz pasa por todas las pruebas de rutina, que revelan que ha estado expuesta a la tuberculosis, un problema común entre las mexicanas. La enfermedad está latente y los practicantes saben que no hay peligro, pero uno de ellos se equivoca. Después del parto, la mujer es confinada a un cuarto especial, completamente aislada, como si fuera víctima de una tuberculosis infecciosa. Durante treinta horas nadie la visita, nadie se comunica con ella, nadie le dice qué pasa con su hijo recién nacido. Nadie le explica por qué la están aislando. No entiende inglés, no puede hacer preguntas.

Aunque la falta de documentos los coloca en una permanente situación de vulnerabilidad, los recién llegados se organizan. Después de meses de protestas y enfrentamientos, los trabajadores que se manifestaban frente a la *bodega* consiguieron un contrato que establece condiciones más justas, en poco tiempo su movimiento se ha extendido a otras tiendas del East Village. Hay una cooperativa de mujeres que establece cuotas mínimas para realizar tareas de servicio doméstico y da asesoría y protección a sus integrantes. Hay grupos zapatistas y guadalupanos, organizaciones que cultivan vínculos con otros latinos, asociaciones culturales y de educación de los trabajadores. Se emprenden proyectos como el Codex Manhattlán, expuesto en el Museo del Barrio: una versión de los códigos prehispánicos realizada por niños de primaria que transforman a la caucásica sonriente de las pasas Sun Maid en una calavera que debe tanto a la tradición chicana como a los estragos de la biotecnología. El Día de Muertos se

celebra frente a las oficinas del INS, en memoria de quienes mueren al cruzar clandestinamente la frontera. Por toda la ciudad se convoca a marchas en las que se exige amnistía para los indocumentados. A la fisonomía menos conocida de Nueva York los mexicanos agregan esas redes formadas para sobrevivir, para protestar, para mejorar su situación y fortalecer la conciencia de sus derechos, delineando así el perfil de su ciudad.

UN MUNDO PROCESADO

Estar con Chris en Nueva York era, por ejemplo, ir al cine. Cada semana había algo nuevo y atractivo, o bien, algo viejo e irresistible. También vimos muchas películas en la televisión. Casi sin falta prendíamos el cineclub de CUNY, *City Cinematheque*, conducido por Jerry Carlson, y nos enterábamos de los nombres (que yo olvidaba de inmediato) de cineastas egipcios, coreanos, suecos. Seguíamos las programaciones del Film Forum y de un pequeño cine del Village cuyo público disfrutaba lo que alguna vez se llamó cine de arte. Después de ver la película hablábamos horas de ella, nos desbordábamos a otros libros o a otras cintas, Chris me contaba la historia de las actrices o de los directores, recordaba otras obras de la época o los *remakes* de la que habíamos visto.

Muchas de esas conversaciones sucedían en restaurantes: íbamos a Bay Ridge a comer en un barrio egipcio donde los hombres se vestían como si siguieran en El Cairo, con túnicas y sombreros cónicos. Ahí habíamos descubierto un restaurante donde servían un delicioso pescado frito. O bien acabábamos en los límites de Harlem, donde saboreábamos la comida etíope servida sobre una enorme y esponjosa tortilla de trigo que parecía un mantel y partíamos poco a poco para usarla en lugar de cubiertos, embebida en las salsas de los guisos, pues ahí se comía con las manos. En los restaurantes del barrio chino, en los tailandeses, en las fondas mexicanas, en el *subway*: hablábamos en todas partes, sin parar.

Hay una foto en la que estamos tomados de la mano y sonreímos eufóricos, como si estuviéramos a punto de romper a bailar tap en patines. Nos disfrutamos el uno al otro, pero hay algo más: nos une la certeza que puede observarse en las grandes parejas artísticas como Ginger y Fred, como Groucho y Harpo: juntos lo hacemos muy bien, mejor que nadie.

En aquellos años previos a los DVD caseros vi películas de Hitchcock que no conocía, me reí hasta el dolor viendo a los hermanos Marx, gocé por primera vez las comedias musicales de Comden y Greene. Recuerdo *Laura*, de Otto Preminger, con el elegante desarrollo de su trama y con su tortuoso dandi ya un poco conmovedor a la luz de la *queer theory* que estudiaba en la universidad. A la misma formación académica le debo haber visto *Gods and Monsters*, un romance gay basado en los últimos días del director James Whale, hasta el fin enamorado de su Frankenstein. Pero cuando pasaron en la tele un ciclo de John Huston me quedé dormida en el sillón. A la mañana siguiente Chris insistía en que me había perdido una obra maestra, pero jamás pude pasar de la primera media hora. Para desquitarse se burlaba de las frases que yo profería en sueños, con la cabeza apoyada en su regazo.

Aprendí a amar el cine gringo y a verlo de manera distinta. Por ejemplo, estuve fascinada con un documental llamado *The Celluloid Closet*, que narra la historia de la homosexualidad representada en el cine de Hollywood. Ese documental me reveló momentos olvidados en películas que creía conocer, como *Rebecca*, pues no la había visto como una historia lésbica. ¿Cómo no me había dado cuenta de la trama homosexual en *Rebelde sin causa*? Ahí pude admirar a Marlene Dietrich besando a una mujer y a Greta Garbo orgullosa de su masculinidad insinuada. Presencí las bromas y las quejas de Gore Vidal al hablar de sus experiencias como guionista gay en lucha contra la censura, y momentos ahora clásicos, como las escenas no tan veladamente homoeróticas de Montgomery

Clift en *Red River*. Yo había visto muchas de esas películas (otra: *Ben-Hur*) sin captar la sutileza con que dirigían mensajes distintos a los diversos sectores del público, sabiendo que algunos esperaban un momento de homoerotismo insinuado, mientras otros no tenían la menor idea de lo que sucedía frente a sus ojos.

Chris hablaba de las películas y de la música como no había hablado nadie que yo conociera antes, pues eran suyos de manera distinta a como podían ser míos o de nadie que hubiera crecido en México. Se referían a su ciudad, a su infancia, a situaciones reconocibles para él, que había ido a una *highschool* como las de las películas, no como mi secundaria de gobierno. Alguna vez su hermana había conocido a Robin Williams y casi había salido con él. A veces eso lo hacía irreverente. Pero muchas veces la clave no estaba en él: era yo quien había visto y escuchado desde una distancia que otorgaba a la cultura gringa de un halo del que ni siquiera me había percatado.

Empecé a repetirme la pregunta casi cada semana. Había visto el cine como si hubiera tenido tapado un ojo, pensé al terminar *The Celluloid Closet*. Lo había visto como colonizada, pensaba al hablar con Chris. Lo había visto con ojos provincianos, decidí al salir de *Fat Kiné*. Esa tarde entré al cine con cierto escepticismo, preguntándome cómo podría ser la película de un anciano senegalés que además se declaraba feminista, Ousmane Sembène. Me deslumbró la soltura de su trama: tres generaciones de mujeres procuran sacudirse las ataduras de un machismo que para someterlas no retrocede ante la tortura; su historia se proyecta sobre la de ese país que aspira a modernizarse mientras se sacude la colonización. Y yo no sabía que África era así.

Ni el cine hecho por mujeres. La noche que vimos *Trouble Every Day*, de Claire Denis, fuimos de los contados espectadores que se quedaron hasta el final de esa cinta vetuada de

sangre, una historia de vampiros que rehúsa versiones fáciles de lo fantástico para abrigar otra hipótesis: quizá los vampiros padecen una enfermedad contagiosa, que abole su racionalidad para devolverles la avidez de la sangre: su olor, su textura, su color untuoso. Ese sabor. La agregué a un canon tentativo del erotismo menstrual, que empezaba a compilar. A él pertenece *La condesa sangrienta*, de Alejandra Pizarnik, texto en el que apenas se disciernen la narración y el ensayo entrelazados para evocar la belleza convulsiva. En esta lista debería figurar *Carrie*, de Brian de Palma, aunque ahí la menstruación aparece de manera más convencional, a la vez temible y repugnante.

Con el mismo arrobamiento entramos al mundo de Shohei Imamura, cuyos ojos descubren una realidad que roza la cotidiana pero apenas la toma como referencia para explorar el misterio de personajes más vulnerables que sus vecinos, como el prisionero incapaz de comunicarse con otros pero enfrascado en su amistad con una anguila, o el soldado asqueado por la guerra que prefiere convertirse en serpiente con tal de ya no ser humano.

Tuve que vivir en Nueva York para aprender que el cine va mucho más allá de Hollywood. Con Chris recuperé la sensación de entrar a ver maravillas, conocida a los cinco o seis años, y ya no la he perdido.

ESCRIBIR PORQUE SÍ, POR VER SI ACASO

La ciudad con sus tantos barrios donde se hablan todas las lenguas, se practican todas las religiones y se hacen visibles las sexualidades más atípicas; el encuentro con Chris y la progresiva construcción de nuestra vida en común; quizá la experiencia de fragmentación lingüística que suponía la vida anfibia entre el inglés y el español, ambos a su vez multiplicados en incontables dialectos, me hacían escribir vorazmente. A los pocos meses de estar en la ciudad había tecleado en mi computadora una enorme masa de páginas, entre trabajos académicos e intentos de continuar una novela empezada en México, pero también había consumido casi dos cuadernos convertidos en diarios.

Con el tiempo me moderé, pero seguí disfrutando la inmersión en gamas diversas de la literatura. Me dedicaba a leer y a escribir, procurando crear textos capaces de dar cuenta de los sabores, los seres, las imágenes de un mundo distinto. A veces hubiera sido necesario ser poeta para hablar de los sentimientos que ahora poblaban mi vida: los recuerdos de mis experiencias amorosas anteriores corrían el riesgo de ser barridos para siempre por la marea de mi convivencia con Chris. Ahora que mi corazón ya no sangraba todos los días podía divertirme con ellos, escribir para transformarlos y satisfacer un nuevo humor que en parte se alimentaba de mis lecturas universitarias y en parte venía del gozo que impregnaba nuestra vida diaria. No me importaba cómo se clasificarían

esos textos, híbridos donde reaparecían fragmentos de mis lecturas, recuerdos, trozos de canciones o de anuncios.

Estaba leyendo mucho sobre la estética *camp* y su eficacia como estrategia de resistencia y amaba ese desafío a las reglas del buen gusto. Esa irreverencia se desdoblaba en el deseo de combinar recursos del ensayo con otros de la narrativa y de la crónica, incluso de la poesía. Y también el placer de escribir cada día, sin demasiado énfasis, sin pensar en construir un libro y mucho menos una novela, con la necesidad de quien respira.

HUELLA BÍFIDA

Una tarde estaba escribiendo en mi cuarto, en Brooklyn. Afuera estaba nevando. El cielo había tomado un color plomizo y caía una masiva cortina blanca. Pero *caía* no es un verbo que describa lo que estaba pasando. No caía, porque el viento la arrastraba, la hacía girar, la aventaba con una furia que sólo parecía aumentar la cantidad y el tamaño de los copos enloquecidos. No se oía ningún ruido como el de la lluvia golpeando el pavimento. El combate del viento y de la nieve transcurría en un silencio opaco, blanco no sólo por el color de aquella cosa, sino por su calidad neutra.

Esa falta de ruido hacía difícil pensar en la nevada como un arrebato de violencia, aunque a cada segundo se precipitaban más copos despavoridos. Hacía rato no podía avanzar en mi trabajo. Dejé de escribir. Estaba aterrada. Traté de calmarme y entender por qué. La nevada me daba miedo. En vano quise explicarme que era un fenómeno ajeno a mi experiencia, que mis años en el mundo no registraban nada parecido. No asociaba absolutamente nada con la nieve. Mi miedo era un caso puro de terror a lo desconocido, una reacción ante la hostilidad de la naturaleza, contra la que no tenía recursos. Y por más que lo entendí o creí entenderlo, el miedo siguió conmigo.

A lo largo de los años, cada vez que le cuento esto a alguien piensa que estoy haciendo un chiste y se ríe. Pero yo no tengo ninguna intención cómica; estoy diciendo que la

nieve me da miedo y todos los años que viví en Nueva York los inviernos fueron para mí épocas angustiosas. Chris también se reía de mí y me acusaba de querer invernar como los osos. Yo estaba de acuerdo: me habría encantado cerrar los ojos hasta la primavera, olvidarme de esas noches que empiezan a las cinco de la tarde, de la gente enfundada en abrigos, guantes, gorros, bufandas negras, en un frío que endurece los rasgos y hace difícil sonreír. Sólo mucho tiempo después, platicando con una amiga polaca, en la Ciudad de México, encontré a alguien que entiende este desconcierto. Durante muchos años le ha costado trabajo vivir en México porque está acostumbrada a que un cambio notorio acompañe a las estaciones del año. Si no hay frío y calor, luz y oscuridad, nieve y vegetación claramente diferenciados y distribuidos en un ciclo que pasa por fases rítmicas, capaces de fundamentar una dialéctica, pierde la confianza de que haya un orden en el mundo. Su sensación de vivir en un caos aterrador no tiene nada que ver con la cultura mexicana, ni siquiera con la violencia que se agudiza o con la diferencia racial. Quiero decir que, además de ser muchas otras cosas, el sentimiento de extrañeza frente a lo diferente es una reacción animal.

A veces, para mí, se convertía en mudez. Aunque llevaba años viviendo en Nueva York y hablaba inglés con Chris todo el día, a veces no lograba entender lo que me decían. No tiene nada de raro, porque en Nueva York conviven todos los acentos: el inglés australiano y el jamaiquino, el escocés y el texano. De todas maneras, en ciertas temporadas la experiencia me aterraba. Me consolaba recordando mis primeros tiempos en Nueva York, cuando me sentía tan insegura de mi inglés. Un día que tuve que hablar frente a la clase, la angustia se convirtió en una laringitis que me cerró la garganta. En esos días acababa de conocer a Chris, con quien a pesar de todo tenía largas charlas en inglés. Sólo hablando con él, que entendía todo pese a mi acento, le fui perdiendo el miedo a ese idioma.

El tema de aquella exposición era la Malinche, un personaje cuyo auge en aquel medio poscolonial hubiera sido difícil de adivinar en el México dominado por el culto a Octavio Paz. No sólo descubrí la fascinación de esa mujer que intervino decisivamente en la historia, sino que empecé a forjar un emblema de mi condición fronteriza, común a incontables masas desplazadas por los exilios, las migraciones y las diásporas, multitudes que hablan, se malentienden, traducen, alteran e inventan nombres, crean lenguajes. Cada nuevo artículo o dato que leía sobre ella me emocionaba; iba reconstruyendo su imagen, su personalidad posible. Quizá por eso mi exposición frente a la clase, en un seminario de traducción literaria, estaba cargada de emociones contradictorias. Sentía la incompatibilidad entre la exigencia de atenerme a lo que podía documentar de manera satisfactoria para la academia y mi necesidad de imaginar a aquella antepasada indispensable para enmendar una historia llena de heroínas mudas, insuficientes para el mundo que todos los días transcurría frente a mis ojos. O quizá mi voz falló porque estaba hablando de la rabia y la violencia frente a un público que esperaba sólo rigor, en un idioma que me hacía sentir demasiado consciente de mis fallas de pronunciación, mis limitaciones léxicas, mi esfuerzo por decir con palabras (*I mean words*) que me oponían su vitalidad, su historia desconocida, su capacidad para despertar asociaciones inesperadas, demasiado veloces para mi lengua acostumbrada a otras frecuencias. Sólo puedo reconstruir una versión en español de esos apuntes, de la que ella se hubiera reído:

* * *

Hizo de la lengua una identidad y un arma: al cabo de los siglos, en torno suyo proliferan las palabras: versiones, interpretaciones, *re-escrituras*. Procuran entenderla o inventarla.

Por ahora, la Malinche es un montón de libros sobre mi escritorio. Se han ido acumulando en mi memoria y en mi estudio a través de muchos años. Quizá iba en secundaria cuando leí por primera vez lo que Octavio Paz dice de ella en *El laberinto de la soledad*. Ya en Nueva York leí su transformación en la obra de escritoras chicanas como Gloria Anzaldúa o Cherríe Moraga, de críticas como Norma Alarcón. Esta proliferación llevó a Margo Glantz a comprender que la Malinche era un tema de importancia crucial y a recopilar un libro de ensayos sobre ella. A la misma conclusión habían llegado hacía años académicas como Sandra Messinger Cypess, cuyo análisis de la figura de la Malinche en la literatura mexicana (desde las crónicas de la Conquista hasta las obras de Elena Garro, Emilio Carballido y Rosario Castellanos) también forma parte de mi colección. Son numerosas las novelas recientes sobre ella, así como trabajos de investigadores mexicanos como Luis Barjau. Su presencia fue breve y decisiva; en los siglos posteriores muchos han procurado extraer un ser humano, o su voz, o su imagen, de los pocos datos existentes, y al hacerlo han imaginado posibilidades tan distintas que es difícil creer en una sola Malinche que las abarque todas. Quimérica mujer: en su artículo sobre la hibridez, el *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos* informa que en los primeros siglos de la colonización fueron calificadas de quiméricas, es decir, monstruosas, las mezclas producidas por la coexistencia del colonizador y el colonizado. Por más despectivo que haya sido el término, algo de maravilla debe haber perdurado en quienes lo pronunciaban.

Pero los libros hacen algo más que amontonarse sobre el escritorio: se ignoran de manera deliberada, como hace el texto de Octavio Paz con el de Bernal Díaz del Castillo, admirador de una doña Marina que, según dice el cronista, “tenía mucho

ser y mandaba absolutamente entre los indios en toda la Nueva España”; este participante en los acontecimientos jamás menciona ninguna violación de la Malinche. O bien, los libros se replican con vigor, como hacen los ensayos de Margo Glantz con el de Paz: la atroz descripción de la Chingada, pasiva hasta la abyección, es desmantelada por estos trabajos decididos a recuperar de las crónicas de Bernal la figura de una mujer inteligente y audaz. La información histórica y la autoridad del testigo presencial Bernal Díaz adquieren para Glantz (como para la protagonista de “La culpa es de los tlaxcaltecas”) la importancia de aliadas en este combate contra la autoridad demasiado reciente y abrumadora (pero un poco menos tras cada nuevo párrafo) del poeta. Otras veces los libros se miran con respeto, tendiendo puentes entre sí, como hace Glantz con los escritos de las chicanas: distintas mujeres empeñadas en reconstruir a esa mujer de los umbrales, elegida por ellas como antepasada.

Los datos históricos sobre Malintzin no son demasiado abundantes y varios son inciertos. Como muestra Sandra Messinger Cypess, cada época ha imaginado a su Malinche y a través de ella ha formulado sus sentimientos y sus ideas sobre el pasado y el presente de un país en busca de definición. La mera elección de la palabra para nombrarla (¿Malinalli? ¿Tenepal? ¿Malinche? ¿Marina?) implica la elección de un punto de vista sobre quien quizá evocó de forma deliberada la imagen de Malinalxóchitl, diosa hermana de Huitzilopochtli, o bien adquirió un apelativo que aludió a su destreza verbal o dio su nombre al comandante del ejército español o se convirtió ejemplarmente al cristianismo. Esta persona múltiple y movable, cuyos huesos no reposan en ningún lugar reconocido, ha sido reinventada al filo de dos preguntas tan trenzadas entre sí como la hierba designada por la palabra *malinalli*:

¿cómo son y cómo pueden ser las mujeres? ¿Cómo es y cómo puede ser un país que se concibe femenino de acuerdo con una antiquísima metáfora que equipara a las mujeres con la tierra y encuentra su expresión en las múltiples alegorías femeninas de la patria? ¿Por qué convence una metáfora que liga a esta esclava con un territorio colonizado?

El momento decisivo en la vida de la Malinche sucedió después de la Conquista. Bernal Díaz del Castillo narra cómo regresó a su lugar de origen y perdonó a su madre y a su hermano por haberla vendido, muchos años antes. Se había convertido en una mujer poderosa, rica, cruel, como consignaron los autores aztecas de la *Hoja del aperreamiento*, donde se la ve lanzando unos mastines contra los indefensos señores de Coyoacán a quienes había convocado con el pretexto de catequizarlos. Marta y Lázaro, que son los nombres cristianos de su madre y su hermano, tenían con razón una venganza sangrienta. Quiero decir que esta mujer no retrocedía ante el asesinato, como antes no había retrocedido ante la derrota de la Noche Triste, cuando escapó a pie entre los soldados españoles y mantuvo la decisión de sobrevivir y vengarse. Viril, la llama Bernal Díaz. El designio de destruir el mundo de los aztecas había dado calor a sus días, energía a sus noches. Y sin embargo perdonó a aquellos miserables que la habían condenado a la esclavitud cuando era una niña, aunque su deber era haberla protegido. Por lo menos, Bernal Díaz narra la escena como un afectuoso reencuentro familiar.

El momento al que me refiero sucedió poco después. Doña Marina (porque ese día se pensaba con ese nombre) estaba orgullosa de su habilidad como lengua y se esmeraba en perfeccionar esas dotes. Esa mañana quiso decirse los sentimientos que la embargaban ahora que había desandado uno de los caminos más tortuosos de su pasado. Se encontró

pensando en español. El idioma de los extranjeros se había convertido en el lenguaje de su corazón.

O quizá su corazón ya no sentía en ningún idioma preciso. Sus sentimientos y sus vivencias echaban mano de palabras nahuas, de refranes mayas, de giros extremeños. No tenía un idioma para la guerra y otro para el amor. Se había convertido en una mujer que ya no podía habitar un solo mundo.

El español era un idioma que la había liberado de la esclavitud. En esa lengua se había entendido con el padre de su hijo Martín, en esa lengua se casó con Juan Jaramillo. Pero sobre todo, esa lengua le permitió mirar a su alrededor desde un lugar en el que no podía estar nadie más que ella. Durante muchos meses, quizá años, fue la única persona que podía hablar en maya con los mayas, en náhuatl con los pueblos del altiplano y en español con los españoles, la única que podía traducir entre esas tres lenguas y permitir algún entendimiento entre quienes se encontraban por primera vez, procedentes de mundos ajenos entre sí. En ese lugar, en los límites de tres culturas, sin ningún diccionario bilingüe que limitara sus percepciones, intuyó otras maneras de decir. Que esa habilidad para propiciar el entendimiento fuera un arma formidable tuvo que llenarla de júbilo. Descubrió que su odio al mundo que la había proscrito era compartido por muchos explotados y vejados como ella. Y a ella le tocó tejer alianzas, verbalizar acuerdos, encontrar las palabras de la rebelión, de la venganza, de la utopía.

También le tocó conocer asuntos confidenciales y decidir cómo traducirlos entre gente llena de desconfianza. De ella dependió limar asperezas o exacerbarlas, guardar secretos o deformarlos. Que haya pensado en su propio interés, en el de los conquistadores o en el de los aliados indígenas será siempre materia de conjeturas. Ella fue quien antes que nadie vivió en la zona de contacto donde al menos tres mundos, tres idiomas, empezaban a entrecruzarse, cuando las relacio-

nes de poder entre ellos aún no estaban definidas de la rígida manera en que lo fueron después y aún estaba por determinarse quién, si alguien, sería el dominador, cómo ejercería este dominio y cuáles serían sus límites. Ella vivió negociando, tratando de pensar cómo se diría en un idioma lo que sospechaba en otro. El día de la masacre de Cholula vio morir a quienes había elegido como enemigos, y supo que desde ese mismo sitio de poder hubiera podido contemplar la masacre de los españoles, porque en ese momento, la decisión de lo que pasaría la tomó ella.

Los motivos de la Malinche debieron ser compartidos por una mayoría entre los pueblos sometidos por los aztecas. La eficacia de su labor sólo se explica reconociendo que la palabra dicha por ella encontró muchos oídos hospitalarios. Sin duda sus años de esclavitud le proporcionaron un conocimiento muy íntimo de la rabia acumulada contra el imperio. Un día se encontró donde esa rabia podía convertirse en diplomacia. Quizá la ira fue el vehículo que facilitó la comprensión entre las lenguas. De la guerra que culminó con la destrucción de Tenochtitlan dice Luis Barjau:

Guerra por completo devastadora en la que participaron mil y tantos españoles comandados por Cortés y sus lugartenientes más un ejército inmenso de aliados de diferentes reinos lejanos y cercanos que estaban comandados por sus principales guerreros, al servicio de los españoles pero también con el propósito indudable de quitarse de encima un régimen en extremo opresor, el sacrificial-tributario impuesto por la fuerza militar de los tenochca.

Esta transformación de la escena desestabiliza la imagen de la Conquista, tan entrañable desde que estudié en mis libros de texto gratuitos. Como me dijo una vez un estudiante de

historia amigo mío, la Conquista la hicieron los indios y la Independencia los españoles. Quizá habría que cambiarle de nombre: ¿fue La Revolución de los Pueblos Marginados? ¿La Gran Rebelión contra la Dictadura Militar? ¿Se ha preferido pensarla como La Conquista para encubrir ese peligroso antecedente, una mayoría de la población, organizada y dirigida por jefes y jefas capaces, que dice *basta* y toma las armas para sostener su hartazgo? Antecedente que puede adquirir rasgos de pesadilla o de esperanza si se señala el papel protagónico de una mujer: una indígena y una esclava.

Su ira se oculta bajo densas capas de malentendidos. La Malinche narrada, pintada o recordada por la cultura del dominio masculino aparece neutralizada, domesticada, convertida en una buena mujer, en una víctima. Bernal Díaz describe a doña Marina como una cristiana ejemplar, espejo de virtudes, dama honorable. El siglo diecinueve la transforma en una mujer enamorada, José Clemente Orozco en la Madre Tierra, Octavio Paz en un montón de huesos y lodo, la mujer violada que recibe en su cuerpo la ira de un otro rapaz. Ninguno de estos hombres ilustres ha sido capaz de soportar la idea de esta mujer decidida a actuar de acuerdo con una ira madurada hasta originar a un proyecto político.

Revisar la idea de traición. Al considerar a la Malinche como traidora se traiciona la posibilidad de que haya sucedido lo inaceptable. Que el impulso hacia el cambio que llevó a la destrucción de Tenochtitlan fue sofocado por la necesidad de seguir gobernando el territorio como siempre se había hecho, que los nuevos explotadores no siempre fueron españoles, sino frecuentemente indígenas de las clases encumbradas o de los pueblos aliados, son sospechas francamente antiestéticas.

Una vez más se opta por la idea recibida y se traiciona un pasado promisorio.

El estudio de textos de la época permite vislumbrar un malentendido de vastas consecuencias: mientras en las crónicas de los españoles domina la idea de conquista y saqueo, muchos recuentos indígenas de intercambios entre ellos y los españoles se refieren a la constitución de alianzas. *El Códice de Tizatlán*, por ejemplo, refiere la entrega de hijas de nobles, ricamente vestidas, con el propósito de establecer lazos de consanguinidad. Al ser recibidas por los españoles fueron consideradas esclavas y repartidas entre el ejército. En los años posteriores, las comunidades indígenas así burladas entablaron procesos legales encaminados a resarcir las pérdidas y recibir retribuciones por su contribución a la guerra. Al hacerlo proseguían su participación en un proceso muy complejo, durante el cual no se consideraban inermes, contaban con leyes y normas que los respaldaban y litigaban de acuerdo con su propia versión de los hechos. Las huellas de esas luchas, con el mundo de donde surgieron, con su lógica, sus intereses y sus pasiones, han sido sofocadas por un recuento histórico guiado a su vez por intereses ajenos a la imposible objetividad. En medio de ellas, olvidada, irreparable porque esta habladora al parecer no escribió nada, la probable voz de la Malinche, percatándose del inmenso hueco entre las lenguas, las culturas y las voluntades, de la distancia entre una buena traducción y el entendimiento entre personas y grupos desconcertados por el encuentro al que acudían dotados sólo con sus propias ideas y valores, listos para sustituir con la violencia de la colonización otras posibilidades más amenazantes, prestos a recurrir a viejas concepciones antes que arriesgarse a percibir lo desconocido, lo que se enfrentaba por primera y única vez.

Para encontrar algo parecido a la Malinche que necesito debo esperar hasta las páginas de la chicana Gloria Anzaldúa. Ella escribe pensando en la Malinche: “yo no vendí a mi pueblo; ellos me vendieron a mí”. Anzaldúa habla de ese silencio al que la cultura blanca, anglosajona, colonial y capitalista ha reducido a la mujer de piel oscura, esa mujer cuya rabia es invisible. En silencio, detrás de su cara anónima e ignorada, ella sigue atizando esa llama secreta y sigue esperando su hora. Cuando ella, igual que su ancestra, la esclava Malinalli, pueda convertir su rabia en poder.

Anzaldúa habla desde el lugar de una mujer de piel oscura, discriminada en Estados Unidos, rechazada en México por ser chicana, una mujer de la frontera y por eso descendiente de Malintzin. En ella se mezclan las lenguas, las culturas. Vive en un proceso de impureza, de mezcla, de falta de respeto a las varias tradiciones a las que no pertenece. Ésta es la traición creativa de donde surge el futuro.

Porque la relación entre la traición y la traducción es compleja. Ningún idioma es perfecta calca de otro, y a la inexactitud de una traducción se la puede llamar traición. Pero a esas faltas de identidad y de correspondencia se debe también el esfuerzo de darle a un idioma lo que le falta, de extenderlo y violentarlo para pensar fuera de sus cauces habituales, de sus ideas consagradas y de sus inercias. De estas aperturas de sentido ha nacido mucha buena literatura, además de algunas nacionalidades y diversas religiones.

La lengua reprimida de la Malinche aparece en las páginas de Anzaldúa como un músculo que se rebela contra las manipulaciones del dentista, contra la anestesia, contra el mandato de callar. Anzaldúa le da a la Malinche una lengua que corta, traspasa, se asume como venenosa para decir lo prohibido. La lengua de Tenepal, el segundo nombre de Malintzin, que

quiere decir “la que corta” (y también “la que habla mucho”). En el cruce entre el mito bíblico, que entiende a la Malinche como una Eva autóctona, y las tradiciones prehispánicas que relacionan a las diosas con las víboras, ésta es la mujer-serpiente que recupera poderes acallados y los moviliza.

Para mí la Malinche es la mujer llamada a decir lo que nadie dice. Lectora de Anzaldúa, yo también he sido una mexicana en Estados Unidos, alguien que hablaba con acento y se sabía *no blanca*. De esta experiencia nació mi interés en la Malinche, porque su huella en mí es la facultad de reconocer esas faltas de continuidad donde fallan los discursos del poder. Para mí la Malinche se ha convertido en el emblema de la mujer que no retrocede ante lo impropio, lo impúdico, lo censurado. Desde su perspectiva de esclava, de mujer intercambiada, de habitante de una frontera y una periferia, de extranjera y recién llegada entre un ejército invasor también desarraigado y aterrorizado por lo desconocido, ella descubre las fisuras donde falla la cultura, donde las ideas recibidas y el sentido común ya no alcanzan, donde las respuestas de siempre se agotan, porque en esos pequeños huecos, en esas excepciones que no están previstas, la Malinche empieza a hablar con su lengua que es como una lanceta, afilada y destructora y creativa.

En el momento de su encuentro con Cortés aún no se había definido quién iba a detentar el poder, sobre qué ni quiénes. La guerra estaba indecisa. Un puñado de hombres desembarca en una costa inexplorada; no saben si hay sirenas, antropófagos, muros de oro, elixires de la inmortalidad. Alguien tuvo que explicarles cómo se llamaba el lugar, quién lo dominaba, quiénes eran sus enemigos. Qué profecías y tradiciones

religiosas podían ser útiles. Alguien tradujo el lenguaje, las leyendas, los conflictos políticos, las desigualdades. Configuró una estrategia que tenía sentido ahí, en esos idiomas.

Durante años la Malinche fue la loca que habla sola, porque nadie entendía su idioma. Era la esclava que se sueña libre y dueña de su vida. Cuando hablaba de la princesa vendida le contestaban que moliera el maíz, en el idioma de las certezas apacibles que prefiere que las mujeres se callen.

Ella dice *no*. No le gusta el mundo que la rodea. No deja de verle las fealdades, las carencias. Porque sabe otras lenguas, sabe que existe lo intraducible, lo que se puede sentir y pensar en un idioma que este mundo no conoce, el que ella inventa. Su violencia es el esfuerzo por decir lo que se ha decretado inexistente. Es la labor de ampliar, al violentar el lenguaje, los límites de un mundo que caduca. Un mundo donde ella es imposible.

Esta mujer no ha podido ser vista por la cultura oficial mexicana ni por la cultura popular. Han pasado más de quinientos años de la Conquista, y sólo ahora podemos recuperarla o inventarla. Pero la Malinche es un espejo. Desde siempre ha traducido lo que se le confía y lo ha transformado en otra cosa. Verla como una rebelde y una creadora dice mucho sobre ella y más sobre el momento en que la evocamos. Cuando la elegimos como antepasada y empezamos a desenterrarla.

CITAR O NO CITAR

El sistema de citación trae consigo una pretensión de objetividad por lo menos incómoda para la intención tentativa e

imaginaria de este texto, que sin embargo no quiere ocultar ni sus múltiples deudas ni el trabajo previo a su escritura.

La referencia a lo quimérico como apelativo de las mezclas originadas por la colonización puede encontrarse en la página 134 del *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos*. La cita de Bernal Díaz del Castillo está en la página 111. Los artículos de Margo Glantz mencionados en el texto se titulan “La Malinche, la lengua en la mano”, y “Doña Marina y el Capitán Malinche”. De éste último procede la breve discusión de los distintos nombres del personaje, así como de las páginas 210 a 213 del libro de Luis Barjau. La “Hoja del aperreamiento” puede encontrarse en *Visión de los vencidos* (página 162). La narración del encuentro de doña Marina con su madre y su hermano puede encontrarse en el capítulo XXXVII de la *Historia* de Bernal Díaz (página 111); lo relativo a la masacre de Cholula se narra en el capítulo LXXXIII. El término “zona de contacto” pertenece a Mary Louise Pratt, quien lo define de la siguiente manera en su libro *Imperial Eyes*:

social spaces where disparate cultures meet, clash, and grapple with each other, often in highly asymmetrical relations of domination and subordination —like colonialism, slavery, or their aftermaths as they are lived out across the globe today. (Página 4.)

El artículo de Gordon Brotherson, “La Malintzin de los códices”, incluido en la recopilación de Margo Glantz, analiza las representaciones indígenas de la Malinche en la época colonial. En ellas es notable la diferencia entre fuentes opositoras de los aztecas, que muestran imágenes favorables del personaje, y fuentes aztecas que la pintan como enemiga y subrayan su avaricia y crueldad. Tanto unas como otras, no obstante, están de acuerdo en el decisivo papel desempeñado por ella. El artículo describe la evolución de estas representaciones: las más antiguas muestran a la Malinche como prota-

gonista de los acontecimientos, a veces más importante que el propio Cortés. A medida que pasa el tiempo y las imágenes se adhieren a convenciones occidentales, la Malinche retrocede y va adecuándose a ideas cristianas sobre el sexo femenino, conforme con su papel secundario. Brotherson muestra en su figura 3 a la Malinche sentada junto a Cortés y traduciendo directamente entre él y un enviado azteca.

La cita de Luis Barjau describiendo la caída de Tenochtitlan proviene de su página 18. El *Códice de Tizatlán* es reproducido y analizado por Gordon Brotherson en el artículo mencionado; en “Doña Marina y el Capitán Malinche” Margo Glantz analiza cómo son percibidos los indígenas en la crónica de Bernal Díaz del Castillo y se refiere a la idea de rapina y desdén por el enemigo que caracteriza al soldado español. El recuento de las transformaciones de la figura de Malintzin a través de la historia procede de Sandra Messinger Cypess, quien también analiza la relación entre La Malinche y la Eva bíblica.

BIBLIOGRAFÍA

- Anzaldúa, Gloria. (1987). *Borderlands/La Frontera: The New Mestiza*. San Francisco: Aunt Lute Books.
- Barjau, Luis. (2009). *La conquista de la Malinche. La verdad acerca de la mujer que fundó el mestizaje en México*. México: MR Ediciones, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Conaculta.
- Díaz del Castillo, Bernal. (1998). *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Prólogo de Francisco Rico. Barcelona: Plaza & Janés Editores.
- Glantz, Margo (coord.). (2001). *La Malinche, sus padres y sus hijos*. México: Taurus.
- Messinger Cypess, Sandra. (1991). *La Malinche in Mexican Literature: From History to Myth*. Austin: University of Texas Press.

- Paz, Octavio. (2004). *El laberinto de la soledad. Postdata: Vuelta a "El laberinto de la soledad"*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Pratt, Mary Louise. (1992). *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Szurmuk, Mónica, y Robert Mckee Irwin (coords.). (2009). *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos*. México: Instituto Mora, Siglo XXI Editores.
- Visión de los vencidos*. (1987). Introducción, selección y notas de Miguel León Portilla, versión de textos nahuas de Ángel Ma. Garibay K., ilustraciones de códices de Alberto Beltrán. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

UN MUNDO PROCESADO

Cuando llegué a Nueva York conocía la Facultad de Filosofía y Letras lo suficiente como para anhelar otro panorama intelectual. Llevaba años leyendo vorazmente textos feministas, y cada vez que iba a Estados Unidos buscaba alguna buena librería donde la sección de *Women Studies* me mantenía deslumbrada durante horas. Sin duda algo de eso había en la Facultad, pero eran mucho más abundantes los cursos donde se rendía culto al lenguaje y jamás se aludía al mundo circundante. No era difícil detectar que del otro lado de la frontera los debates tenían una amplitud y una profundidad que yo añoraba. Para mis compañeros y para mí era una costumbre encontrar ideas y enfoques estimulantes en libros gringos que nos recomendaba algún profesor. Del culto a las letras, que ya me cansaba, quizá podría pasar a una discusión de sus funciones en la cultura. Quizá podía aprender a leer mejor.

Nueva York no me defraudó. Aún más *trendy* que los *women studies* era la *queer theory*, y pasé años leyendo una vasta combinación de ambos. El cambio de ángulo me permitió entender de otra manera el mundo de los hombres, ver que su relación con las mujeres es apenas un aspecto de sexualidades angustiosamente presionadas hacia una definición inestable. Mi comprensión de lo femenino y de mí misma cambió. Quizá al hacer mi proyecto de tesis me precipité al elegir un asunto *queer* que me sirvió para entender lo masculino y lo femenino como parodias. No estaba mal: Salvador

Novo y Manuel Mujica Lainez habían vivido en una zona llena de riesgos, desde donde podían exhibir sus sexualidades poco ortodoxas aunque con frecuencia posaran como emblemas del *statu quo*, voces conservadoras, aristocráticas, aliadas de sus gobiernos aun frente a la evidencia de masacres y torturas. Quizá me hubiera ido mejor con un tema feminista. Pero no sé si hubiera podido hacer otra cosa: fue un proyecto surgido del lugar donde trabajaba y la gente con quien discutía, pero también de una inesperada ampliación de mis intereses y mis lecturas.

Los primeros años fui muy feliz descubriendo los recursos de la universidad. Era maravilloso entrar a la biblioteca y encontrar no sólo cualquier libro que pidiera mi curiosidad, sino una sección donde podía ver videos y películas para complementarlos. También tenía problemas. Las exigencias del lenguaje académico a veces me parecían intolerables; el aparato crítico necesario para probar que un trabajo está cuidadosamente documentado me parecía un lastre que se llevaba mal con otras necesidades mías: quería una prosa flexible, capaz de contener y provocar no sólo razonamientos, sino la imaginación y las emociones, el humor. Siempre seguí escribiendo en otros registros, aunque con un cierto sentimiento de culpa por el tiempo que no dedicaba a lo que oficialmente debería estar haciendo. Me intimidaba el estilo competitivo de esa academia, la necesidad de acumular méritos y puntos. La palabra *carrera* me provocaba un intenso deseo de huir. Intentaba rebeliones que mis profesores recibían con disimulada paciencia, esperando que entrara en razón y señalando las maneras en que podía hacer un trabajo más ortodoxo.

Después de dos años de trabajar en la tesis mi curiosidad por el tema se había agotado. Tuve que escribir un proyecto tan detallado y explícito que cualquier zona oscura quedó mapeada con precisión y acribillada de referencias bibliográficas, y así mis preguntas fueron sustituidas por un interminable

programa de trabajo. Estaba obligada a acumular más y más información; el texto que debía escribir se asfixiaba, asfixiándome a mí también. La obligación de razonar sólo a partir de datos estrictamente verificables estaba actuando sobre mi mente como las vendas sobre los pies de las chinas, destinadas a ser bellas y cojas. Tenía la sensación de ir arrastrando un muerto que empezaba a apestar.

El precio de ese festín de información era una pobreza muy adecuada a la intelectualidad. Mi beca alcanzaba para lo indispensable; cuando dejé de cobrarla empecé a dar clases de español básico en la universidad, ya que mi visa prohibía cualquier otro empleo. El sueldo era tan ridículo que los *grad students* estaban formando un sindicato. Recuerdo la mirada de desprecio de la coordinadora de las clases de español cuando me vio entrar con un botón del sindicato prendido en el saco, después de un plantón frente a las oficinas de la *dean*.

Chris, que también estaba haciendo el doctorado, trabajaba como *Managing Editor* en una revista de *Africana Studies*. Era una revista lujosa, diseñada por una mujer llena de imaginación y humor, Eve Sandler. Hacían juegos de tipografía, publicaban artículos muy *cutting edge* sobre asuntos culturales y políticos, poemas y narrativa, reportajes, fotos, lo más deslumbrante de la cultura de la diáspora africana. Eve había organizado un grupo llamado *Women in Black*, enlutadas que gemían, se quejaban y lloraban en lugares públicos para protestar contra abusos como el cometido contra Amadou Diallo, un joven africano a quien la policía asesinó sin motivo.

Chris era feliz en ese trabajo y lo hacía muy bien, pero era la única persona de origen celta en *Africana*. Su contrato era por un año; nuestro futuro más allá de eso era incierto y siempre lo fue durante esos años. Mientras no tuviéramos el doctorado estábamos condenados a trabajos provisionales y mal pagados. Sólo cuando nos recibiéramos podríamos buscar *a real job*.

Entre tanto gozábamos del ambiente de Africana. El lugar era fascinante, visitado por poetas, músicos e intelectuales originarios de Harlem, africanos o caribeños, por sobrevivientes del Civil Rights Movement. Ahí conocí a Kamau Brathwaite, a quien con el tiempo traduje en colaboración con Chris. Asistí a conversaciones sobre las religiones afrocaribeñas, a *revivals* del *Harlem Renaissance*, a discusiones sobre el nivel preformativo de las identidades étnicas y, desde luego, a conciertos: las herencias africanas se diversificaban hacia una creatividad infinita. Empecé a conocer otra historia de Estados Unidos y a descubrir ángulos distintos de la sociedad en que vivía.

También frecuentábamos a amigos procedentes de una época anterior de la vida de Chris, una vasta tribu a la que pertenecían Mona Caron y su novio Chris Carlsson, de San Francisco, pero tenía ramificaciones en Nueva York. Los más viejos eran sobrevivientes de los años sesenta y recordaban esa época, narrada en un documental de Chris Marker que vimos en el Film Forum: *Le fond de l'air est rouge*, traducido al inglés como *A Grain Without a Cat*. Ahí, la masacre en la escalinata de Odessa que abre *El acorazado Potemkin* se ramifica hasta el bombardeo de una aldea con napalm; la anciana rusa con los lentes estrellados sobre la cara se alterna con imágenes de vietnamitas calcinados. La película entrelaza acontecimientos decisivos de esos años, como la muerte del Che Guevara, el mayo francés, la invasión de Checoslovaquia o el gobierno de Salvador Allende. Aunque la caída de este último se registra sin explorar la intervención de Henry Kissinger, sí hay un recuento del caso Watergate. Cierta manera de estar a la izquierda agoniza mientras se comprueba la rigidez de las dictaduras comunistas, desde Stalin hasta Fidel Castro. Tal vez la revolución global se disolvió como el Gato de Cheshire, aunque su sonrisa brille aún en tantos lugares.

El centro de aquel círculo era Donald Nicholson-Smith, el traductor de Guy Debord al inglés, uno de los fundadores de la Internacional Situacionista, movimiento protagónico de la revuelta estudiantil francesa del '68. Los situacionistas combinaron su crítica del capitalismo con el conocimiento de lenguajes artísticos derivados de las vanguardias y añadieron su peculiar creatividad a las revueltas de esa época. Alegre y amante de las muy buenas comidas y bebidas, Donald nos invitaba a fiestas en su departamento de Brooklyn, donde recalaban altermundistas, activistas sindicales, escritores, científicos que se organizaban contra Monsanto, en rebelión contra el *assembly line* que disciplinaba su trabajo. Chris había conocido a muchos cuando era colaborador de la revista *Processed World*, que circuló en San Francisco a principios de los ochenta. Entre caricaturas, ensayos, poemas, crónicas, fotos y reseñas, la revista emprendió una crítica contra “las condiciones de vida en el imperio moribundo”. Recuerdo un dibujo que me hizo reír durante mucho tiempo: una secretaria contestaba el teléfono bajo un reloj que iba marcando las horas de la jornada, transformándose progresivamente en una bestia que exudaba los colores estridentes del letrero: “En el espacio capitalista nadie te oye gritar”.

Aquellas conversaciones se desplazaban entre el departamento donde Donald vivía con Mia, aquel donde habitaban John y Jocelyn, y el nuestro, colocados en distintos puntos en torno a Prospect Park. Una vez al año Donald organizaba un picnic en el parque, ocasión para que todos luciéramos nuestras aptitudes culinarias y volviéramos a revisar la decadencia de aquella barbarie que aún no acababa de asfixiarnos.

HUELLA BÍFIDA

La historia de la mujer aislada como tuberculosa después de parir me la contó Debbie Herdan, una partera que trabajaba en el Hospital Jacobi, en el Bronx. Muchas de sus pacientes eran mexicanas, pues aunque no tenían papeles estaban amparadas por la ley estatal, que proveía atención médica para ellas y para sus hijos recién nacidos. A Debbie le preocupaban esas mujeres que no hablaban el idioma, no conocían la ciudad, no sabían cuáles eran sus derechos. Decidimos organizar una clase de inglés que les permitiera, por lo menos, adquirir esa herramienta básica.

Yo puedo hacerlo, le dije. Después de todo, trabajaba en la universidad dando clases de español y tenía muchas ganas de salir del confinamiento de la tesis. Nos pareció muy fácil: era cuestión de poner carteles en el hospital, invitarlas a una primera sesión, ver hasta dónde llegábamos. Queríamos involucrarnos en un trabajo concreto para contrarrestar la obscenidad del imperio en cuya capital vivíamos.

Las convocamos así, apelando a su nacionalidad: las mexicanas. Ellas debían compartir algo de nuestra urgencia, porque a nuestra primera sesión acudieron muchas más de las que podíamos organizar para la clase. Ésta jamás funcionó bien, porque ellas no tenían dónde dejar a sus hijos y el objetivo de enseñarles inglés naufragaba entre los voluminosos (¿alguien había usado esta palabra para hablar de decibeles?) intentos de los niños por escapar del control. Algo deben

haber aprendido, espero, porque para mí el contacto con ellas fue la gran prueba de las teorías que estaba leyendo, la apertura de una discusión nueva.

La *queer theory* que leí en esos años trabaja sobre la inestabilidad de los géneros, la fluidez de lo femenino y lo masculino, su mutabilidad. Mi trabajo con las migrantes me puso en contacto con el peso cultural que refuerza esas definiciones y con la presión que sobre ellas ejercen quienes las viven, las conservan y las cambian aunque jamás hayan leído una página de teoría, simplemente porque las encuentran invivibles.

Muchas mujeres toman la decisión de migrar, no sólo impulsadas por la pobreza, sino para escapar de la violencia o para encontrar ámbitos más propicios para ser libres, para ejercer sus sexualidades y sus vidas en un país que imaginan lejano del machismo. Muchas me contaron historias de abuso en sus lugares de origen, que fueron la causa inicial del viaje. Otras encontraron la violencia en el camino.

Ángela: bastante mayor que las otras, en unos afables cuarenta. Era como su nombre: sonriente, cálida, transmitía una impresión de fuerza, como si el mundo entero pudiera apoyarse en ella. Trabajaba de noche limpiando los baños y los pasillos de un hotel, uno de los trabajos codiciados por las migrantes. A las cinco de la mañana la emprendía hasta su casa, cruzando medio Nueva York, porque a esa hora alistaba a los niños y preparaba el desayuno de quienes compartían el sótano donde vivía, ocho hombres más o menos emparentados con su marido, que ahorraban para mandar dinero a México. Ángela les cocinaba, les lavaba y planchaba la ropa, les mantenía limpia la casa. Sólo al cabo de mucho tiempo, cuando ya le tenía mucha confianza a Debbie, quien le estaba haciendo preguntas ginecológicas en la intimidad de un consultorio aislado y aséptico, se puso a llorar al contarle que había sido violada al pasar la frontera. Todo ese tiempo yo había admirado su sonrisa luminosa y enorme. Cuando Debbie me

lo dijo, pensé que todas mis ideas sobre la violación y sus secuelas excluían la posibilidad de esa mujer-llama, esa calurosa, acogedora, radiante matrona que se dedicaba, día tras día, a asegurar la vida de los suyos y a construir la suya, ocultando cualquier indicio de sufrimiento y descubriendo sus propios recursos.

Otras más llegaron para abrirse posibilidades distintas, pero se encontraron con hombres que desahogaron en ellas las presiones que enfrentaban al establecerse en Nueva York. Después de trabajar catorce horas seguidas como lavaplatos y ayudantes de cocina, esos hombres necesitaban reafirmarse, y lo conseguían pegándoles a sus mujeres.

Josefa: veinticinco años, originaria de algún lugar de Puebla, como todas. Había dejado a su niña en México y le mandaba dinero; la única vez que la vi llorar fue porque le había hablado por teléfono. Se había separado del padre de esa hija hacía mucho tiempo. Conoció a Debbie porque tuvo otro bebé, pero tampoco era feliz en esta relación porque el hombre le pegaba. Nos contó cómo había llegado drogado una noche y la había atacado a mordidas. Lo estaba dejando cuando Debbie le comunicó que sus análisis habían salido mal y tenía cáncer.

La mayoría de las mexicanas aguantaban a sus hombres durante un tiempo, intentaban vivir solas, se aventuraban con algún nuevo pretendiente. Sorteaban la inadaptación, el cambio cultural, las desventajas laborales, las deficiencias educativas. Procuraban aprender inglés, conseguir mejores trabajos, ahorrar, emprender negocios. Se sentían orgullosas de mandar a sus hijos a la escuela y verlos crecer en el nuevo país. Casi ninguna pensaba en regresar: “lo poco que tengo lo tengo acá”, decían. Y seguían trabajando en silencio, decididas y estoicas.

De varias no recuerdo los nombres, porque no seguí viéndolas por mucho tiempo, pero jamás se me han olvidado sus

historias ni sus gestos. Una me habló de su desarraigo, del aplastamiento que sentía en aquella ciudad enorme. “Lo que más odio es que en el departamento donde vivo el baño está junto a la cocina. Yo antes sembraba melones.” La imaginé caminando entre plantas húmedas y tierra negruzca para recorrer los trescientos metros hasta la letrina, entre perros amarillos y cochinos no muy gordos. Antes de despertarse en un lugar llamado el Bronx, en la ciudad de Nueva York.

Otra me contó del paso de la frontera. A pie, por el desierto, con sus niños. Cómo le voy a pedir que venga a la clase sin ellos. Entre las piedras. Iban pasando por un barranco y uno de los niños se tropezó. Ella lo vio rodando hasta quién sabe dónde y mejor cerró los ojos y lo encomendó a la Virgen. Al niño no le pasó nada.

UN MUNDO PROCESADO

Desde la primera vez que estuve en Nueva York me fascinó recorrer la ciudad subterránea. Al principio me encandilaba la rareza de los pasajeros del *subway*, los punks llenos de *piercings* y tatuajes, los peinados de las afroamericanas, que podían hacerse innumerables trenzas entreveradas de cuentas y de caracoles y luego enrollarlas en chongos donde aún podían acomodar sedas o algodones brillantes, las mujeres orientales con sus trajes estampados, aquellas que llevaban la cabeza cubierta, los colores del arcoíris de la diversidad sexual transformados en personas ante quienes palabras como *hombre* o *mujer* huían en desbandada.

Una tarde el andén se llenó de una música delicada, hecha de bambú, de aves de patas larguísimas asomadas sobre el agua en busca de presas del color del jade. Caminé hasta encontrar al anciano chino que raspaba el arco sobre un instrumento de nombre desconocido, como desconocidas eran las notas y el mundo de donde surgían. Contemplé las arrugas que veteaban su rostro de marfil, su expresión serena y concentrada mientras la mano plegaba el arco bajo las sutiles modulaciones sonoras. En plena epifanía dejé pasar dos trenes y deposité frente a él todas mis monedas, hasta que el anciano dejó a un lado su instrumento. Increíblemente la música siguió envolviéndonos unos segundos, indiferente a

los movimientos del hombre, hasta que él apagó un amplificador y un aparato de sonido que yo no había visto y se dispuso a guardar su Oriente instantáneo en un maletín de aspecto tan ordinario como el que yo usaba para mis libros.

A medida que se convirtió en una rutina y la exploración de la ciudad se redujo al recorrido cotidiano de las mismas estaciones del tren F, o bien del expreso A cuando me lanzaba hasta el Bronx, empecé a conocer algunas costumbres de esa multitud que transbordaba con precisión y rapidez, en apariencia indiferente a los demás, aunque siempre fuera posible iniciar una conversación con el primer desconocido disponible. Muchos señalaban su nula disposición a esos encuentros entregándose a la compañía de un libro.

Quienes hacían más obvia su voluntad de aislamiento eran las mujeres hasídicas: vestidas con una severidad ajena a la moda, viajaban con pequeños libros de oraciones que abrían en cuanto encontraban un sitio, aunque fuera arrinconadas contra un muro: pegaban los ojos a las páginas y empezaban a murmurar las palabras de textos muy distantes del tren atestado.

Muchos otros leían de maneras más mundanas. Los periódicos debían apegarse a una etiqueta, pues hay una manera de doblarlos para no molestar a los vecinos. Es posible desarrollar la habilidad de leer no sólo los encabezados, sino casi toda la página de alguien sentado suficientemente cerca, pero hay que hacerlo con extrema discreción porque se considera invasivo. En los días del escándalo de Mónica Lewinsky, los vagones iban poblados por lectores del mismo informe bajado de internet, todos atónitos, plenos de indignación moral, desesperados por la trivialidad política, muertos de risa ante los *gory details* que iban descubriendo casi al unísono.

En momentos menos sensacionales el *subway* podía ser una larguísima biblioteca donde Shakespeare se codeaba con Harry Potter o con Depak Chopra, para no hablar de los libros de contaduría o los diccionarios bilingües. Yo sabía que jamás se lee dos veces el mismo libro y me gustaba imaginar cómo cambiaría cada texto en aquellos vagones poblados por seres tan diversos, un Stendhal distinto para cada quien, para el recién llegado de Kosovo y para la mujer que en Mali se había dedicado a cantar historias tradicionales. Para no hablar de los libros en idiomas que sólo cabía adivinar por el aspecto del portador, viejos libros de bolsillo ignorantes de las novedades editoriales, en manos de pensadores anónimos que proseguían sus aventuras intelectuales durante la tregua entre dos lugares, entre dos idiomas, entre dos encarnaciones, entre dos niveles de sus vidas.

ESCRIBIR PORQUE SÍ, POR VER SI ACASO

Yao

Si hay hambre
siempre bala el cordero
ruge el león
aúlla el perro
a su amo
¿pero a quién retorna el viajero
al tocarlo el desastre?

KAMAU BRATHWAITE

Las becas y otros apoyos que se dan a proyectos culturales eran una forma de ganar dinero, aunque implicaban habilidades muy sofisticadas. Una de las hermanas de Chris se dedicaba precisamente a eso: a asesorar a otros sobre las maneras de presentar proyectos con el fin de recabar fondos destinados a trabajos agrícolas. Su especialidad no le permitía ayudarnos, pero Nueva York no cesaba de sugerir ideas: imposible escribirla, traducirla, pensarla, aunque cada esquina proponía maneras, inventaba ritmos. Sólo lo intentamos una vez, pero nos salió bien: recibimos un financiamiento para traducir a Kamau Brathwaite, uno de los maestros de Chris.

Kamau era uno de los profesores más respetados de African Studies, toda una figura de los estudios poscoloniales. Andaba por los setenta años; cubría su cabeza con un gorro de estambre que hacía resaltar sus facciones alargadas y su

larga barba blanca. En ese tiempo yo no sabía que era uno de los poetas más importantes del Caribe, frecuentemente comparado con Derek Walcott y creador de una poesía cuya originalidad sigue poniendo en crisis a los editores.

Apenas lo conocí supe que no era un hombre común y corriente. Como le habíamos anunciado el proyecto de traducirlo, me invitó a una de sus clases. Llegué preparada para oír a un erudito, pero empecé a escuchar anécdotas personales y referencias a los espíritus. En aquel departamento mucha gente estudiaba la espiritualidad afrocaribeña y afroamericana. Estaba acostumbrada a ver fotos y videos de ceremonias de vudú y santería, a escuchar que alguien se estaba iniciando o había ido a consultar a un babalao, a preguntarme si todo aquello no sería mucho mejor que las terapias que alguna vez había seguido en México, pero nada me preparaba para escuchar la historia de Namsetoura.

Había sucedido recientemente, durante la lucha emprendida por Kamau para conservar su casa de Cow Pastor.

Según un proverbio kikongo que todavía puede escucharse en el África Central, “donde no viven tus ancestros no puedes construir tu casa”. Brathwaite lo cita en uno de los documentos que componen el sitio *Save Cow Pastor* (www.tomraworth.com/wordpress). Se refiere a una propiedad llamada Cow Pastor, en la isla caribeña de Barbados. Tras una vida dedicada a estudiar la historia del tráfico de esclavos y a escribir una vasta obra poética, tras perder una esposa y una casa arrasada por un huracán, Brathwaite encontró el terreno de Cow Pastor y sintió que ahí podría escribir. Imaginó una residencia en donde podrían refugiarse, descansar y trabajar los investigadores, los escritores y los artistas empeñados en desenterrar las historias de la diáspora africana (“no sólo existe Belaggio”). Es un sitio privilegiado, a unos pasos del Caribe.

Barbados fue la isla donde los africanos desembarcaban para sufrir una especie de domesticación que los preparaba para ser vendidos a otros lugares de América; uno de los lugares decisivos en la ruta de los barcos negreros. No es raro descubrir en la isla antiguos cementerios de esclavos a quienes no se les otorgaba la posibilidad de cristianizarse y eran enterrados en lugares que los blancos consideraban baldíos. La sacralidad de estos panteones seguía sus propios principios. Estaban cerca del agua. Se plantaban en ellos ciertos árboles. Los rituales mortuorios africanos sobrevivían porque ni los capataces ni los dueños los entendían. A los ojos de Brathwaite, en cambio, no les tomó mucho tiempo notar que los árboles de un cierto terreno en Cow Pastor guardaban entre sí una relación que evocaba los cementerios de África. Ahí estaban enterrados esos seres sin nombre ya, sin fecha y sin rostro.

Cuando le fue anunciado que la propiedad sería expropiada para construir un aeropuerto, sintió que no se trataba de un despojo personal, sino de un episodio más en una historia que había empezado por esclavizar a sus ancestros, los había borrado en un cementerio anónimo y estaba a punto de triturarlos de nuevo para dar lugar a algo que le parecía una nueva edición de las viejas plantaciones y un avance en el deterioro ecológico del Caribe.

El aeropuerto es una obra útil ante todo para la industria turística, quizá una de las principales fuentes potenciales de crecimiento económico para una isla como Barbados. Pero, ¿una isla como Barbados sólo puede ser un destino turístico? ¿Es éste un futuro prometedor y sustentable en un área cuajada de islas que se esmeran en atraer turistas? ¿Qué relación hay entre ese futuro y el olvido de la esclavitud? Los hoteles invaden mis metáforas, se lamenta Brathwaite. Otros hablarán de la reducción del mundo a una sola lógica.

Incapaz de resignarse a esa pérdida de la herencia colectiva, Kamau recorría la propiedad tomando fotografías. En

uno de los árboles del cementerio descubrió una araña muy grande. Según dicen los akan en Ghana, las arañas son encarnaciones de Ananse, un espíritu que destella en la oscuridad y atrapa nuestros miedos, ahuyenta los efluvios malignos, juega con las seguridades, tiende puentes y monta guardia en esos sitios donde nuestro mundo se toca con los otros.

Le pareció indispensable fotografiarla, pero cuando lo intentó la cámara se atascó y falló. Kamau rompió dos cámaras sin llegar a fotografiar la araña y acabó encontrando, en el rollo arruinado, la imagen negativa de una antepasada arrebatada de África y enterrada ahí. Supo que se llamaba Namsetoura. Ahora proyectaba el negativo frente a la clase, atónita ante esa cara que surgía de las tinieblas, marcada de viruela, adornada con un aro nasal, insoportablemente triste. La había descrito en un poema muchos años antes de verla, sin saber de quién hablaba.

Una nueva fealdad está erosionando los lugares donde, de niño, empezó a adivinar a través de las costumbres y las manías de los mayores el mundo que ha procurado reconstruir a lo largo de décadas. Le dije que Namsetoura había accedido a mostrarse para responder a la paciencia y al amor con que ha juntado los fragmentos donde se conserva la memoria de las culturas disgregadas por la diáspora africana. Kamau ha sabido sentir el dolor de sus antepasados y ha escrito poesía para entender qué significaron esas vidas marcadas al rojo, cómo lo perdieron todo y supieron conservar sus almas.

Pero quizá él diría "*their souls*" y esa palabra me haría pensar en Billie Holliday, en ciertos restaurantes de Harlem, fatigosas enumeraciones que jamás explicarán la resonancia negra que hay en *soul* y vanamente se buscará en *alma*. A la fragmentación que procura reparar el poeta se agrega un nuevo nivel de discontinuidad, los traductores previamente

resignados a la insuficiencia de sus medios: cómo traducir una palabra como *noom*, que es un compuesto de *doom* y *noon* y una muestra de la habilidad de Brathwaite para transformar las palabras, para ver a través de ellas y sacar a la luz sugerencias que quizá un instante antes no existían. *Aciago mediodía* pierde sin remedio esa capacidad de síntesis y juego, aunque conserve eso que a veces se llama significado.

Si Walter Benjamin comparó la tarea del traductor a la paciente, imperfecta reconstrucción de una vasija rota, quizá valdría la pena imaginar la traducción de la obra de Brathwaite al español como una tarea inspirada por las arañas que tejen símbolos tan sorprendentes como los *vévé*, dibujos rituales que se pintan en el suelo donde va a celebrarse una ceremonia vudú, puentes entre mundos, irremediamente frágiles. Chris y yo leíamos juntos, pues los poemas eran muy difíciles para mí. Luego le proponía una versión al español, volvíamos a comentar el texto, nos deteníamos en los detalles, revisábamos muchas veces. Yo iba conociendo una poesía muy distinta de lo que había leído antes: surgida de un mundo que no es el hispánico, uno donde algunos descendientes de esclavos pueden escribir y pensar en inglés y en las lenguas de sus ancestros, ir creando lo que falta en la cultura blanca: otro pasado, otro presente.

Pero en los poemas de Brathwaite ya existen algunas palabras españolas; en el idioma de otros el inglés se transforma en *nation language*, dialecto del Caribe anglófono. Detrás de las palabras de los conquistadores se transparentan los sonidos y las gramáticas africanas, pero también es cierto que los idiomas europeos sirvieron de *lingua franca* a los esclavos desarraigados cuyas lenguas eran incomprensibles entre sí. El español (y nunca sabremos hasta qué punto el idioma que hablamos ha sido modificado por la diáspora) es parte importante de la historia reconstruida por Brathwaite, y por eso, muchos poemas parecen aguardar una versión en castellano.

Algunas veces, el poema en inglés y la traducción en español se combinan como los pedazos de la vasija de Walter Benjamin para que a través de ellos se oigan otras cosas. *And miles & miles & miles &* es un poema dedicado a Miles Davis, cuyo título juega con la homofonía entre el nombre del trompetista y la palabra que significa *millas*. La hubiéramos traducido literalmente como *Y millas & millas & millas &*, perdiendo así la afición de Kamau a jugar con las palabras. Pero traducirlo como *Y miles & millas & miles &* no sólo conserva el nombre del músico, sino que agrega *miles* y transforma el título del poema en la descripción de una distancia mucho más amplia, casi ilimitada, mientras las palabras ganan cierta inestabilidad, en parte inglesas y en parte mexicanas, pues decidimos utilizar el signo & como marca de que hacíamos una traducción, un texto tendido como telaraña entre dos lenguas.

Gourds and Rattles es una frase con calidad onomatopéyica, pero en su equivalente *Jícaras y maracas*, las palabras españolas están más cerca de las percusiones africanas:

Gourds and Rattles

Cal-
abash trees'
leaves

do not clash;
bear a green
gourd, burn
copper in the
light, crack
open seeds
that rattle.

Blind underground the rat's
dark saw-teeth bleed
the wet root, snap
its slow long drag of time,
its grit, its flavour; turn
the ripe leaves sour. Clash
rattle, sing gourd; never leave
time's dancers weary like this tree
that makes and mocks our music.

Jícaras y maracas

Hojas
del árbol
de la calabaza
no chocan
dan una jícara
verde, queman
cobre a la
luz, se rajan
sus semillas
cascabelean.

Ciegos dientes de rata sie-
rran subterráneos sangran la
raíz húmeda, arrancan su arras-
trarse por el tiempo, su
ánimo, su sabor; tornan
agrias hojas maduras. Tañan
maracas, jícaras; no agoten
a los danzantes del tiempo como al árbol
que hace y burla nuestra música.

Al traducir este poema me sorprendió la inesperada abundancia de las jotas, las erres y las eses que espontáneamente acudían a frotarse y chocar para evocar los sonidos descritos por Brathwaite, para que también en español existiera este canto donde se describe la construcción del tambor y su papel crucial en una ceremonia que conjura el triunfo, aunque al traducir tuviera que perder la percusión final (*makes and mocks our music*). En la parte final de este largo poema, titulada *Atumpán*, las frases en inglés se intercalan con las palabras akanas. Kamau y yo hicimos una lectura trilingüe en *African Studies*, para que también los hispanohablantes escucharan la resonancia del tambor que implora, promete y augura.

“¿Muy fácil el ceremonial antiguo?”, se pregunta la voz poética de *Sunsum*. La poesía de Brathwaite viene de la sorpresa dolorosa de quien experimenta la discontinuidad del tiempo, la distancia que conduce del pasado a la sordidez del gueto y comprueba que la esperanza sigue reducida a astillas, pues “los descendientes del esclavo no reposan en el seno de dioses afortunados”. Sus poemas descubren el pasado en la actualidad, a veces como un brusco calambre abdominal que mantiene a raya la tentación de imaginar magias donde apenas hay miseria. Es una interrogación del pasado en busca de claves que puedan repararlo, pues lejos de estar muerto, el pasado asedia al presente con voces, indicios, ideas, ritmos que exigen comprensión y coherencia.

Por eso, la voluntad de arrojar luz sobre una historia distorsionada y silenciada (¿qué cambio en la alimentación de los esclavos permitió una serie de rebeliones súbitas?) exige una receptividad a coincidencias y conexiones imprevistas, una inteligencia liberada de las inhibiciones impuestas por los capataces (que en México se llaman *negreros*) e informada de sabidurías ancestrales. Esta manera de captar el mundo lo convierte en un lugar distinto; lo familiar adquiere otra dimensión

que no tiene nada que ver con lo exótico, sino con la dicha de entender cosas hasta entonces opacas. Son pequeñas o grandes hazañas de la araña, cuyo tejido apenas puede descifrarse con el auxilio de dos o tres idiomas humanos.

La publicación de la antología, titulada *Los danzantes del tiempo*, pareció afectada durante mucho tiempo por ecos de la dolorosa historia que recuenta: la traducción va más allá de la traslación entre dos lenguas y abarca los difíciles contactos y desencuentros entre culturas no sólo distintas sino, muchas veces, empeñosamente decididas a ignorarse, como son, por un lado, la cultura mexicana oficial y las culturas de origen africano en el Caribe, y por otro, esa misma cultura mexicana y la norteamericana. El proyecto original de la traducción incluía la promesa de Editorial Aldus, que se encargaría de publicar la antología bilingüe. Cuando terminamos, un año después, los editores de Aldus nos explicaron que iban a pedir otro financiamiento que incluiría la publicación de nuestro libro. Al no obtenerlo renunciaron al proyecto.

Chris y yo nos quedamos con un libro de más de trescientas páginas que necesitaba ser publicado en un medio editorial como el mexicano, que asume que la poesía no se vende y acostumbra publicar *plaquettes* o, a lo sumo, libros muy breves, frecuentemente trabajados como piezas artesanales. A esta dificultad se sumaba otra, decisiva: Kamau Brathwaite es un poeta casi desconocido en el mundo de habla hispana, con la excepción de Cuba, donde había ganado tres premios Casa de las Américas y han aparecido traducciones de algunos de sus poemas. Pero el abismo entre la isla y el continente es mucho más vasto que la simple distancia geográfica. Me tomó bastante tiempo, cuando ya tenía la antología lista y había regresado a México, empezar a conocer a los expertos en literatura caribeña que han leído su obra.

Este desconocimiento es un eco de otros mucho más vastos: en *Continente vacío*, un libro de 1934 donde recuenta un viaje a América del Sur, Salvador Novo deplora la inmensa distancia que separa los medios literarios argentinos y mexicanos, sólo salvada con el envío de libros entre escritores que jamás se han visto. Esta queja sucedía, sin embargo, en el contexto de un esfuerzo por tejer redes muy amplias, impulsado por intelectuales como Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña. Ochenta y un años después la situación no es mucho mejor: pocos libros latinoamericanos logran cruzar las fronteras que atraviesan nuestro continente, ya por el esfuerzo individual de sus autores, por la operación de redes de intelectuales similares a las que incluyeron a Salvador Novo o por el beneplácito de empresas editoriales transnacionales, sobre todo españolas, que ahora otorgan el prestigio literario en un eco de la historia colonial.

La lejanía parece inconmensurable si a la distancia geográfica y a la fragmentación política se agrega la diferencia de idiomas. La poesía de Brathwaite no se presta fácilmente a la traducción. Incluso en inglés, aunque parte de su obra ha sido publicada por editoriales prestigiosas como Oxford University Press y New Directions, se ha convertido en un autor que opta por publicar buena parte de su trabajo a través de Savacou North, una empresa editorial iniciada por él mismo, la única que puede satisfacer los exigentes criterios editoriales del *Sycorax Video Style*, que incluyen juegos tipográficos, dibujos y símbolos, en una danza visual evocadora del huracán. Es una afirmación de sus propios criterios estéticos, opuestos a las tendencias uniformadoras de la industria.

Habíamos emprendido la tarea de traducirlo pensando que una obra de tal riqueza e importancia debería ser conocida en los países de habla hispana dentro de la diáspora africana, pero al tener el libro listo comprobamos la casi impenetrable dureza de otras consideraciones. ¿Por qué publicar

algo que no va a venderse? ¿Por qué contradecir los hábitos de los pocos lectores existentes, que al buscar las novedades de las metrópolis suelen preferir la poesía aprobada por las cúpulas literarias y no la poesía experimental de un autor como Brathwaite? En muchos medios literarios mexicanos la poesía es un ejercicio de distinción que connota herencia europea y blanca; la idea de leer o traducir a un poeta de origen africano que, además, habla del tráfico de esclavos, parece, por lo menos, excéntrica, cuando no una franca infracción a las reglas no escritas del buen gusto. Cierto, existen antologías de poetas de ascendencia africana, pero son escasas. También se ha traducido, por ejemplo, la poesía de Derek Walcott, a quien nadie podrá negar el apoyo legitimizador del Premio Nobel. Por desgracia, son mucho más frecuentes la falta de interés o los prejuicios. Y ante todo, la tendencia a aceptar como posible solamente lo conocido de antemano.

La búsqueda de opciones editoriales nos puso en contacto con excepciones, como la labor desarrollada por Editorial Bonobos, que expresó su intención de publicarnos pero retrocedió por falta de fondos. Pudimos publicar selecciones de los poemas en *Mandorla*, revista dedicada a la nueva escritura de las Américas, siempre interesada en la traducción de poesía y publicada en Estados Unidos, donde Brathwaite goza de justo renombre. También aparecieron en *Líneas de Fuga*, la revista de la Casa Refugio Citlaltépetl, un proyecto comprometido con la literatura de exilios y diásporas, y más tarde en una revista publicada en Argentina, *Katatay*, con la que entré en contacto gracias a una de sus editoras, Florencia Bonfiglio, quien también quería traducir a Kamau y supo de nuestra existencia gracias a él.

Pese a estas oportunidades, la publicación de todos los poemas en un libro bilingüe resultaba especialmente cara debido a la necesidad de pagar los derechos a Oxford University Press y a New Directions, por lo que durante algún

tiempo el proyecto pareció imposible. Al fin dimos con Eduardo Mosches, quien dirigía el área editorial de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México con la decisión de dar cabida a ideas, proyectos y estilos que en otros sitios serían ignorados. Al cabo de años, el libro apareció por fin, con una imagen sugerida por Kamau en la portada: el pájaro Sankofa, un símbolo adinkra que representa la capacidad de tomar lo bueno del pasado antes de volar hacia el futuro.

CARRY THAT WEIGHT

Pese a los niños gritones, a las dos horas de *subway* que separaban el hospital de mi departamento en Brooklyn y el exceso de trabajo, seguí yendo todas las semanas al Bronx. Un número cambiante de mexicanas asistía a mis clases. Alguna vez las vi irse sonrientes, llenas de confianza con las frases recién aprendidas. “Por fin le estoy entendiendo”, me dijo una.

La idea era buena y Debbie y yo pensamos en obtener un financiamiento. Llegué a soñar que eso me permitiría dejar el doctorado. Varias organizaciones nos alentaron y prometieron ayudarnos. Quizá un lugar adecuado para pedir apoyo era el consulado mexicano.

El consulado era el lugar donde sin duda se podía encontrar a alguien dispuesto a descomponerse cuando se hablaba de las inminentes elecciones en México y de la creciente posibilidad de que el PRI las perdiera por primera vez. Había ido varias veces a actos culturales que celebraban el arte mexicano consagrado, los artistas elegidos para representar al país. Un sitio que hubiera encantado a mis cuates de la tertulia, en México.

A pesar de esos resquemores, la idea de establecer una buena clase de inglés, contar con un respaldo, cobrar algo por mi trabajo, me hizo pedirle una cita al director del Instituto Cultural Mexicano, que llevaba pocos meses en el puesto. Había vivido muchos años en Nueva York y conocía a la comunidad migrante. No sólo le gustó la idea, sino que me

puso en contacto con una gringa que trabajaba para ellos y daba clases de inglés a migrantes mexicanos. Dos grandes diferencias: ella daba clases a hombres, que podían ir desde sus trabajos sin tener que llevar niños. Era gringa y había hecho estudios especializados para enseñar su idioma. Cuando la llamé me contestó de manera hostil. Yo no tenía idea de lo que estaba haciendo, porque dar clases de inglés exige un entrenamiento específico. En vano le expliqué que me dedicaba a dar clases de español en una de las mejores universidades de la ciudad, podía inscribirme a un curso, incluso podría darlo ella, quizá para mí y para otras personas interesadas. Me sentí herida por ese recibimiento, pues sólo quería darles algo mejor a las mujeres del Bronx.

Volví a la oficina del director, que me dio el nombre del método que usaba la gringa. Compré esos libros, mucho mejores que los que usaba antes, y mis clases mejoraron. Pronto recibí otra llamada, con una propuesta distinta.

Había una señora muy rica, me dijo el director, que quería darles educación sexual a las migrantes, ayudarlas a que sólo tuvieran hijos si realmente los deseaban. ¿Por qué no organizábamos algo así? Ni Debbie ni yo lo dudamos. Escribimos el proyecto, conocimos a la señora, la cosa pareció marchar. Excepto que en esas semanas el director fue destituido y se nombró en su lugar a uno de los escritores consagrados de México, Hugo Hiriart.

Lo conocí en la presentación de un libro y nos hicimos amigos de inmediato. Me dijo que le diera mi proyecto con las migrantes para estudiarlo, pero quizá me interesara también en otra idea suya: quería publicar un suplemento sobre cultura mexicana en algún periódico de Nueva York. La idea me encantó: un suplemento, como en México, donde muchos de los colaboradores eran cuates y leer aquellas páginas era un pequeño ritual de pertenencia. Llevaba años lamentando la inexistencia de publicaciones en español en la ciudad,

añorando esa costumbre del Distrito Federal. Además, Hugo ofreció pagarme bien. Calculé que podía con esa chamba sin dejar de hacer todo lo demás.

UN MUNDO PROCESADO

Todos los sábados en la mañana tomaba el *subway* hasta Hell's Kitchen, un barrio del Midtown, hacia las calles cincuenta, donde vivía Allen Wang. Si lo hubiera medido con los criterios aplicables a los *grad students* hubiera admirado que un chico que apenas tendría treinta años pudiera pagar un departamento tan lindo: no muy grande, pero amueblado con gusto (y con el dinero que permite tener gusto) en aquel barrio que la primavera llenaba de enredaderas y de flores. Allen me esperaba con una jarra de té, sin fallar un solo sábado, dispuesto a pagarme cuarenta y cinco dólares por conversar con él en español durante hora y media.

El primer día llegué armada de paciencia, pues mis alumnos de las clases de español la necesitaban, pero Allen hablaba un español perfecto. Había que oírlo durante mucho rato para distinguir un tenue acento, no precisamente norteamericano, que desaparecía si él se esmeraba. Apenas tuve que señalarle dos o tres conjugaciones que podía mejorar o sugerirle palabras nuevas, enseñarle refranes o palabras del *slang*: había tenido varios amigos mexicanos y se desenvolvía con gran soltura. Yo había llevado un ejercicio que me pareció inferior a sus capacidades, pero cuando le prometí traer otro me dijo muy sonriente que no se trataba de que yo trabajara, sino de que nos divirtiéramos mientras practicaba su español. Cuando le pregunté si no le importaba que yo hablara en mexicano me aseguró que una gran cantidad de sus clientes

lo era también. De hecho, había llamado a la universidad para pedir a alguien con mis características.

Como una geisha, pensé lamentando mi ignorancia de la correspondiente palabra china, torpeza que me sugirió la siguiente pregunta. Sí, había nacido en Boston, hijo de una familia china, y hablaba ese idioma desde la infancia. En el verano pensaba tomar un curso de chino clásico en Taiwan, pues la complejidad de la escritura era inmensa y tenía mucho que aprender, pero por lo pronto leía vorazmente novelas chinas. Recordé el ensayo de Fenollosa sobre las posibilidades poéticas de los caracteres chinos, que había leído en una clase sobre Ezra Pound y le pregunté sobre sus experiencias de lectura. Me miró con una mezcla de paciencia y curiosidad: jamás había oído hablar de Fenollosa, pero llevaba años explorando la diferencia entre los idiomas en los que procuraba articular su vida. Leer en chino era por completo distinto a leer en inglés; los lectores de alfabetos no imaginamos el tránsito por esas páginas llenas de sugerencias visuales que dan al significado posibilidades abiertas en sucesión no sólo lineal, como nuestras escrituras que se avanzan de izquierda a derecha, sino en direcciones impredecibles. Cada símbolo puede desplegarse como una esfera o como un paisaje. Quien lo lee lo contempla también. Ni Allen ni yo sabíamos —o por lo menos no se nos ocurrió preguntárnoslo en ese momento— qué partes del cerebro se involucran para leer un texto chino, ni si son las mismas que intervienen al leer en inglés.

Sábado a sábado la hora y media se pasaba rapidísimo mientras hablábamos de todo lo que se nos ocurría. Así me fui enterando de la vida de aquel graduado de la escuela de Leyes de Yale, contratado por Morgan Stanley, que sufría las desventuras típicas de un empleado del *Financial District*: trabajaba al menos catorce horas diarias, hacía viajes de negocios durante los cuales apenas podía salir de los hoteles, tenía a su cargo gestiones que debía conducir con pericia

mientras un cliente hablaba desde Los Ángeles y el otro contestaba desde Londres.

Ah, pero su vida transcurría en un medio exclusivamente masculino. Pasado cierto nivel, me explicó, la presión de los círculos financieros se hace muy difícil para las mujeres, que además no son bien vistas. Para él conocer chicas eran tan difícil como era conocer hombres para mis compañeras de las clases de teoría literaria, o más. Muchos de sus colegas y sus superiores tenían despampanantes *trophy wives*, pero a él le molestaba la rígida diferencia de los géneros, según la cual la primera obligación de las mujeres era ser decorativas. ¿Con quién de ellas habría podido hablar de los temas que le interesaban? Quería una compañera inteligente, autónoma, alguien con quien compartir aficiones, intereses, puntos de vista.

No poco de su soledad estaba matizado por su origen chino. Quería construirse una vida buena, en los términos sugeridos por esa cultura medio aprendida de sus padres, medio imaginada a través de lecturas y viajes, medio forjada con todos los anhelos que su vida diaria no colmaba. Su herencia china le hacía sentir la insuficiencia de la vida de Manhattan. Siempre había triunfado, pero jamás sería un chico norteamericano común y corriente. Amaba el dinero, pero quería algo más.

A veces me parecía que bajo sus quejas se escondían recuerdos minúsculos como los granos de arena que dan origen a las perlas. Quizá alguien había relegado a ese niño de ojos oscuros que vivía inmerso en la nostalgia y en la relativa inadaptación de sus padres, quizá el anhelo de una tierra hecha para él había proyectado su sombra casi invisible sobre una infancia y una adolescencia envidiables para cualquiera que no tuviera esa sensibilidad tan exigente, esa costumbre de sentirse distinto.

Ahora que tenía un empleo satisfactorio en Nueva York, Allen Wang procuraba negociar la distancia entre sus dos

mundos y no hallaba mejor confidente que yo, que le hablaba en una lengua quizá exótica, sin duda muy ajena, quizá promisoría de una cultura más festiva y más relajada que aquellas entre las que transitaba, pues en medio de los espejismos de la Big Apple nunca somos del todo conscientes de las fantasías que despertamos en los otros.

ESCRIBIR PORQUE SÍ, POR VER SI ACASO

Tras sus primeros meses a la cabeza del Instituto, Hugo Hiriart decidió que, en Nueva York, el fenómeno cultural mexicano más interesante no era ni la pintura ni la literatura, sino la comida.

Su opinión estaba respaldada por una realidad numérica. Una parte importante de la población mexicana en Nueva York trabaja en restaurantes: son lavaplatos, meseros, ayudantes de cocina, chefs, dueños de restaurantes, señoras que venden tamales. La comida mexicana ocupa un lugar destacado entre las comidas étnicas; proliferan los lugares que sirven enchiladas, los tacos se afirman dentro de un mercado siempre interesado en las posibilidades de la comida rápida y ya acostumbrado a los burritos. No sonaba mal; al poco tiempo empecé una serie de entrevistas con cocineros mexicanos que serviría para lanzar aquella publicación. Discutimos si debía llamarse *El Elote* o *La Flor de Calabaza*, pero la tendencia fálica prevaleció.

Así entré en contacto con la realidad intrigante y múltiple de los mexicanos que comen en Nueva York, los que cocinan, los que se las ingenian para conseguir los ingredientes necesarios para preparar platillos regionales, los que han decidido que pueden migrar mientras no les falte el pápalo quelite. Mi formación me permitía considerar la cocina como un microcosmos de la cultura: cómo se mantiene, cómo se transforma, cómo entra en contacto con otras. Los actos de

los cocineros se convirtieron para mí en un observatorio de los procesos de interactividad cultural, término que más tarde aprendí de Lourdes Arizpe, a quien conocí cuando estaba a punto de regresar a México.

Fue en esa travesía por las cocinas cuando conocí a una nieta del ex presidente Luis Echeverría, que desde muy niña se había sentido fascinada por los banquetes desplegados en torno a su familia y ahora estaba estudiando para ser chef. En una ciudad donde su nombre no significa nada especial, Andrea Echeverría me dijo que no quiere vivir en México porque le molesta la marcada diferencia de clases. En cambio, se quejaba de los horarios brutales de trabajo, las quemadas y las cortadas inevitables para quien trabaja hasta la madrugada, el *sexual harassment* cotidiano.

Para entonces me había dado cuenta del drama enmascarado en cualquier platillo. La primera persona con quien conviví en Nueva York fue mi amiga Susan, que había dejado atrás los errores del vegetarianismo para abrazar la verdadera fe: el credo de los veganos.

Quien es vegano ha comprendido el crimen inherente a toda existencia. Nos alimentamos de seres vivos; comer es tener la boca tinta en sangre. Sobre quienes se sientan en un restaurante pesa la tortura de incontables vacas, el sacrificio cruento de los puercos, las vidas de generaciones de pollos atrapados en campos de concentración. Quizá el sacrificio y la tortura de seres humanos pueden entenderse por complejas razones ideológicas, políticas, a fin de cuentas humanas, pero no hay una sola justificación para el sufrimiento de seres inocentes que ni siquiera pueden entender que su carne está prohibida para los musulmanes o para los judíos. Quien se

regodea en el jugo de un filete acabará justificando el gulag o la Escuela Superior de la Armada.

Una tarde Susan me explicó que consumir miel es una aberración. Ahí están esas criaturas industriosas y puras que dedican sus vidas a producir oro líquido, sólo para que nosotros caigamos sobre sus colmenas, robemos sus riquezas y acabemos adornando un *hot-cake*.

Miré su piel pálida, sus admirables ojos azules. Recordé que su champú tiene más proteínas que las que come un niño vietnamita en el transcurso de un mes. Le pregunté si le gustaba la comida mexicana. Hizo un esfuerzo para disimular su repugnancia y me explicó algo sobre la insalubridad de la carne de puerco. Mientras hablaba de la pureza de los ingredientes orgánicos me pregunté si la asqueaban más los horrores de los rastros o la *coloured people* que consume sus productos.

HUELLA BÍFIDA

Cuando empecé a entrevistar a los cocineros mexicanos me encontré con la familia Bravo, que plantaba una milpa en el corazón del Bronx. Ramiro Bravo había llegado a Nueva York hacía más de veinte años desde Ilamacingo, un pueblo a tres horas de Acatlán, Puebla. En uno de sus regresos a México se trajo con él a Rufina Medina. Se casaron y pronto llegaron también sus hermanas; todos consiguieron trabajo y se adaptaron a la vida neoyorkina. Pero para estos inmigrantes cuya tradición familiar está ligada al campo, Nueva York es más raro y más hostil de lo que puede imaginarse quien viene de la ciudad. Entre las muchas adaptaciones que hicieron para sobrevivir en el norte, a los Bravo les preocupaba educar bien a sus hijos; transmitirles sus costumbres, conservar la continuidad con la generación que se había quedado en México y se dedicaba a sembrar.

Rufina dedicó mucho tiempo a buscar un lugar donde pudiera llevar a jugar a los niños, para que no crecieran encerrados en un departamento y supieran lo que son la tierra y las plantas. Al fin encontró un jardín comunal donde podían jugar. Le gustó porque estaba más limpio que los parques, sin tantos orines de perro. No entendía por qué a tantos neoyorkinos les gusta salir a pasear a sus perros, ni el ritual amistoso y libertario que para canes y dueños representa la ruta concienzudamente orinada cada tarde. Sólo pensó que el jardín comunal era un lugar donde podía hacer lo que le gustaba.

Llegó el momento en que ella sola trabajaba la mayor parte del jardín, cultivando su propia parcela y las de otras personas, preparando la tierra, sembrando, regando. Al cabo su familia quedó encargada de la administración del jardín, y en pocos años lo habían transformado en una milpa donde crecían el pápalo y el cempasúchil, el epazote, la flor de calabaza, las plantas de maíz, los chiles y los tomatillos. No sólo pudieron volver a preparar la comida con los sabores que habían extrañado durante años. Recuperaron la sensación de que sus vidas valían la pena y las entendían. “Siempre estábamos con la idea de regresar al lugar de donde venimos —me dijo Ramiro—. Pero ahora ya encontramos acá lo mismo que allá: ya es más fácil ser lo que fuimos.”

Cuando le enseñé a Hugo esta nota sobre la familia Bravo me dijo que mi principal virtud como escritora era la capacidad de decir cosas chistosas (mi directora de tesis me había devuelto un capítulo con una observación seca: “aquí no hacemos bromas”). La mujer estaba loca, siguió Hugo, porque todo el mundo sabe que el trabajo del campo es horroroso y lo único que quieren sus víctimas es escaparse de él.

Por suerte mi experiencia como migrante, aunque legal y de clase medio media, me había entrenado respecto a los innumerables malentendidos que se agazapan en la frase más inocente, sin importar si está en español, en inglés o en espánghish. Cuando incluí en otra nota el comentario de un taxista paquistaní que execraba la bolsa de valores, estaba preparada para contestar las objeciones de Hugo con una sonrisa.

CARRY THAT WEIGHT

Mi creciente desencanto del doctorado no impedía que disfrutara de algunas ventajas, como la posibilidad de viajar a congresos aprovechando financiamientos universitarios. No hice muchos de esos viajes, pero sí uno a Río de Janeiro, donde tuvo lugar un encuentro de teatreros y académicos de muchos puntos del continente. Diez días de talleres, mesas redondas, actores dados a improvisar, activistas versados en las posibilidades del espectáculo, difíciles confrontaciones entre personas que entendían de maneras divergentes conceptos como *izquierda*, más y más complejo a medida que cada quien ejercía su versión pero todavía capaz de suscitar la adhesión de todos, aunque cada uno pusiera en duda la sinceridad de los otros, la calidad de su actuación. Esa desconfianza no era un vicio de carácter, sino un resultado de la historia reciente.

El ambiente estaba invadido por tensiones que al principio me costó trabajo entender. La organizadora era una profesora neoyorkina muy versada en teorías antropológicas e interesada en promover la categoría del *performance* como instrumento para comprender hechos decisivos de la vida social, como el género, pero también fenómenos como el activismo político. Una argentina a quien conocí en esos días, sobreviviente de la Guerra Sucia, me confió su incomodidad frente a la organizadora: a activistas como ella no les gustaba que su actividad política y los sufrimientos soportados fueran consi-

derados una especie de teatro. Con el tiempo llegué a compartir esa crítica a alguien que dirigía toda su atención a las conductas más o menos espectaculares y prefería dejar en segundo término las lealtades y profundos compromisos de quienes arriesgan su vida por ideales y proyectos políticos.

El hecho de que la organización estuviera en manos de profesores norteamericanos activaba el recuerdo de los infiltrados que penetraron grupos subversivos con el fin de delatar a sus integrantes; su habilidad para apropiarse de los resultados del trabajo (fotografías, textos, datos, videos que iban a formar parte de su archivo y aparecían en su portal de internet) era recibido como un gesto imperialista. En muchos de los asistentes al encuentro de Río de Janeiro se podía sentir cierta desconfianza hacia estos estudiosos interesados en convocar a grupos de teatro militante; parecían estar reuniendo material para un informe sobre las actividades de estos sobrevivientes de cruentos episodios en los que su país había desempeñado un papel aborrecible. Ese rechazo contaminaba las relaciones entre los asistentes: los peruanos, los argentinos, los mexicanos se conocían en un encuentro organizado desde Nueva York, y nadie podía estar muy seguro de los motivos de los otros.

Al mismo tiempo, a todos les atraía la posibilidad de ser reconocidos por expertos de la metrópoli que contaban con recursos económicos y tecnológicos que los latinoamericanos estaban acostumbrados a considerar fuera de su alcance. Halagados, atemorizados, llenos de incertidumbre, se preguntaban si podrían negociar el encuentro o si sería mejor extremar la reserva. Todos se sentían atraídos por la posibilidad de encontrarse con otros que fueran parte de la misma historia, uno de cuyos puntos álgidos de repente se me hizo inesperadamente cercano, cuando los integrantes de la generación más joven saltaron al centro del escenario.

ESCRACHE AL PLAN CÓNDOR

¿Qué pasa si una mañana las señales de tránsito de una ciudad apuntan hacia la izquierda?

Las señales parecen exactamente iguales a las colocadas por las autoridades viales, tanto, que los automovilistas tardan unos segundos en preguntarse qué querrá decir una gorra militar tachada. Quizá no volverían a pensar en ella, pero unos metros más adelante les llama la atención una señal que indica: “Argentina, 1976”. A lo largo de la Avenida Republica do Chile, a pocos pasos de la catedral de Río de Janeiro, las señales van recordando las fechas de una historia sangrienta: Brasil 1964, Paraguay 1954, Uruguay 1973, hasta llegar, al final de la avenida, a la señal *Plan Cóndor*. Cada una es colocada entre aplausos y porras por un grupo de brasileños que participan en el *escrache* organizado por Arte Callejero e HIJOS (Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio).

¿Qué significa ese verbo recién inventado por HIJOS? *Escrachar* quiere decir poner en evidencia, revelar en público, dar a conocer el rostro de alguien que quiere pasar inadvertido. Es una de las tareas de HIJOS: localizar a los torturadores, exponerlos, señalar la casa donde viven, convencer al panadero y al tintorero de que no sigan dando servicio a quienes, hace poco más de veinte años, hicieron desaparecer, torturaron y asesinaron impunemente. “Nuestros padres murieron por hacer de éste un mundo mejor. Nosotros estamos aquí para que esa lucha continúe”, explica uno de los integrantes de la organización. Alguien comenta: “Yo pensaba que la gente idealista que quedaba en el mundo tenía más de cuarenta años”, pero esos miedos son arrastrados por la alegría con que alguien que no ha cumplido veintitrés se sube a un poste para colgar otra señal. Los aplausos van ganando ritmo y euforia a medida que el grupo avanza por Avenida Republica do Chile. La ruta

llega a una señal que informa: “Centro Clandestino de Detención y Tortura: Rua da Consolação”. La colocan debajo de una flecha vial que conduce a las puertas de una comandancia de policía que podría suponerse ajena a cualquier incidente ocurrido en Buenos Aires, pero los volantes distribuidos por los muchachos apuntan: “El Plan Cóndor fue una acción represiva internacional coordinada por la CIA, en cooperación mutua con los gobiernos militares de Brasil, Argentina, Chile, Paraguay, Uruguay y Bolivia. El Cóndor no reconocía fronteras entre estos países, abriendo la posibilidad de torturar, detener y secuestrar a cualquier ciudadano de los países citados, aunque no estuviese en su país de origen”.

¿Suena a globalización? ¿Resulta que este fin de la historia tiene una muy reciente? La siguiente señal apunta: “CIA FMI MERCOSUR”. Para entonces la manifestación ha llegado a las puertas de la Comandancia de Policía, que en pocos minutos quedan cubiertas de calcomanías que repiten: “FMI FMI FMI”. La manifestación se convierte en ritmo:

Alerta, vecinos:
al lado de su casa
hay un centro clandestino

y los vecinos se asoman a sus ventanas, se detienen, algunos corean las consignas mientras otros permanecen callados, incrédulos, como si estas palabras jamás hubieran sido susurradas, calladas, pensadas, reprimidas en los alrededores de la comandancia. Las señales colocadas por las autoridades de la ciudad ya están colaborando con el escrache. Empiezan a parecerse a las elaboradas por Arte Callejero: cuando sean retiradas alguien tendrá que preguntarse si es necesario quitar también las colocadas por motivos estrictamente viales, aquellas que conducen a la comandancia escrachada. Una flecha ya no es exactamente una flecha. Pasarán muchos días

antes de que alguno de los presentes pueda ver una señal de tránsito sin preguntarse si apunta a una historia inconfesable o a una vigorosa decisión de repararla. Aquí están los HIJOS, en plenos veinte años, dispuestos a asestar toda su creatividad sobre el pasado, a golpearlo con señales, gritos, reuniones, organización, talento y valor hasta transformarlo en otra cosa: un presente en el que los crímenes de los militares se revelan como lo que son: actos que piden juicio y castigo:

Olé olé, olé olá:
como a los nazis
les va a pasar:
a donde vayan
los iremos a buscar

¿Y por qué? La revista de HIJOS recoge una declaración de Luciano Benjamín Menéndez, *Cachorro*, un soldado que cuenta entre sus victorias el numerar los *cueros* de los desaparecidos para enterrarlos en la madrugada: “Jamás causé daño irreparable a nadie que no fuera comunista”: una cómoda manera de clasificar por un lado a los seres humanos y por otro a las presas a quienes se puede secuestrar, tirar desde un avión y saquear. Los HIJOS no recogen esos trozos de inmundicia por afán de flagelarse, sino porque es necesario enfrentar la verdad e incorporarla a la memoria de todos. Mientras tratemos de ignorar que los torturadores sonrían entre nosotros, renunciamos a una facultad intelectual: la memoria, y por eso pagamos el precio de ser cada día un poco más estúpidos. El escrache sacude todo esto, lo arrastra en el júbilo de mirar de frente a la comandancia de policía y alertar a los vecinos. Viven junto a un centro de tortura, pero pueden darse cuenta y hacerse cargo.

Para cuando la manifestación se disuelve, incluso el torturado San Sebastián, patrón de Río de Janeiro cuya estatua

monumental domina la avenida por donde me alejo, deja de ser de piedra y se suma al escrache. Las saetas clavadas en su carne súbitamente sensible me ayudan a entender por qué los HIJOS repiten: “No olvidamos. No perdonamos. No nos reconciamos”. El pasado acaba de saltar a la vista, acaba de adquirir flechas, curvas, puntos y señales, está tomando una dirección. Cuando paso cerca de un concierto sinfónico celebrado en un parque y oigo los versos que abren *Carmina Burana* (Oh Fortuna! Velut Luna!), que hablan del cambio, me parece que todo Río de Janeiro se hace la misma pregunta: ¿qué sucede si una mañana las señales de tránsito de una ciudad apuntan hacia el recuerdo?

La publicación de esta nota en el suplemento de *La Jornada* coincidió con una breve visita mía a México, de regreso a Nueva York desde Río de Janeiro. Había adquirido brusca actualidad porque acababan de atrapar a Ricardo Miguel Cavallo, un ex torturador de la Escuela Mecánica de la Armada convertido en funcionario del gobierno de México, encargado de registrar los datos de todo aquel que fuera dueño de un automóvil. Cavallo fungía como eficiente empresario antes de que el arresto pusiera en evidencia sus ligas con otros represores y el siniestro origen de sus fortunas. Durante el escándalo del Renave salieron a relucir testimonios de cómo los torturadores obligaban a los prisioneros a cederles legalmente sus casas, su dinero y, por supuesto, sus automóviles.

Retenido en las oficinas de Interpol, Cavallo esperaba ser deportado a Argentina, donde habría sido liberado por la Ley de Punto Final. Al mismo tiempo, el juez español Baltasar Garzón solicitaba su extradición a España. Asistí a una pequeña manifestación frente a Interpol, convocada por la sección mexicana de HIJOS y por otros miembros de la comunidad argentina-mexicana. Antes de que pasara una hora nos orde-

naron que nos retiráramos. Un soldado con metralleta se colocó frente a la puerta, cerrando el paso al grupo indignado. Entre consignas, amenazas y maldiciones me acerqué a él y coloqué mi grabadora frente su boca, pidiéndole una explicación. Todos nos quedamos atónitos cuando retrocedió, intimidado por esa pequeña arma. Nadie volvió a interrumpir a los manifestantes.

En los días siguientes seguí las ramificaciones de la noticia, que enlodaba aún más la reputación del gobierno de Zedillo, ya en sus últimos días, y llenaba de terror retrospectivo a los miles de registrados en el Renave. Antes de irme de México supe que Cavallo había sido extraditado a España.

HUELLA BÍFIDA

Tal como me había dicho Andrea Echeverría, la cocina es una profesión dominada por hombres, y en ella las mujeres sólo se abren paso a través de muchos obstáculos, pues no es lo mismo cocinar que cobrar por ello. En México, una cocinera que ha dedicado su vida a la profesión suele recibir el título de *mayora*, que no alcanza el mismo prestigio que el de *chef*. De todos modos muchas mujeres consiguen ganar dinero y hacerse independientes, aunque sólo produzcan platos destinados a satisfacer las necesidades cotidianas, como sucede con doña U, dueña de dos restaurantes situados en Queens. A ella no le preocupa la alta cocina, pero es muy lista para los negocios.

Originaria del estado de Puebla, Ubalda Ramírez empezó vendiendo tamales en un puesto callejero y preparando comida a domicilio. Como muchas otras paisanas, se dio cuenta de que los tamales no salen igual en Nueva York que en el campo poblano. Algo pasa con la masa que los hace más pesados, pero la creciente población migrante no está para remilgos. Hay noches en que la pizza y los bagels arrecian, después de varias semanas de acoso, y uno descubre que nada en el mundo se aproxima al sabor de un tamal.

Ella misma lo sabía. Había aprendido a prepararlos desde niña, pues era parte fundamental del conocimiento indispensable para ser mujer. Sabía lo que es preparar docenas y docenas de tamales para las fiestas del pueblo, y en Nueva

York aprendió que *time is money* mucho antes de entender una palabra de inglés. Se levantaba de madrugada para conseguir los ingredientes, cocinaba toda la mañana, a la hora de la comida ya estaba vendiendo, se acostaba tarde después de hacer los preparativos para el día siguiente. “La gente de clase media está muy limitada —me dijo mirándome con una gran sonrisa—, porque piensan que sólo pueden trabajar en unas pocas cosas y todo lo demás les da miedo. Una sabe que lo importante es ganar unos centavos para vivir, a como dé lugar, como una pueda.”

Así empezó un negocio que fue creciendo hasta convertirse en dos fondas adornadas con murales inspirados en la obra de Jesús Helguera, realizados para un público nostálgico que no se pregunta si un guerrero azteca se habría arrodillado frente a una princesa de mínima cintura y escotada túnica blanca. Aquí las mesas están cubiertas con un plástico grueso y fácil de limpiar, que deja ver el mantel de tela estampada. Los platos también son de plástico. Doña U sirve los platillos de un menú que los angloparlantes catalogan como *soul food* y es definitivamente *ethnic*: es la comida sólida, sabrosa y abundante que mantiene a alguien que trabaja duro: tacos, enchiladas, pozole, todo de excelente calidad, con sabores definidos y texturas rotundas, calculado para prepararlo y venderlo de la manera más eficiente y provechosa.

CARRY THAT WEIGHT

No lo he dicho todavía, pero mi primera cita de trabajo con Hugo Hiriart estaba programada para un día que resultó memorable. Chris y yo estábamos desayunando frente a la ventana, en Brooklyn, preparándonos para ir cada quien a sus compromisos de aquel día —yo rumbo al consulado— cuando sonó el teléfono. Era mi mamá, desde México.

11 de septiembre

Pasan diez minutos antes de que me convenza: no quiere saludarnos ni ha sucedido nada importante en la familia. Un avión acaba de estrellarse contra las Torres Gemelas.

No es un accidente. Cuando cuelgo el teléfono Chris me dice que oyó la explosión del segundo avión. Vamos a la ventana de nuestra recámara y desde ahí vemos los boquetes en las torres, la columna de humo. Mi primera sospecha, dentro de un pánico inarticulado, es que debe ser un espectáculo destinado a suprimir al movimiento altermundista, que hace unas pocas semanas alcanzó un momento culminante en Génova, durante las manifestaciones donde murió un estudiante apellidado Giuliani, como el alcalde de Nueva York. Empieza a oler a quemado. Suena el teléfono: es Hugo para cancelar la cita.

Todo el día vamos de la televisión a la ventana, tratando de relacionar los datos sensoriales (¿ves ese rayo de luz que

cruza por donde estaba el edificio?) con la interminable repetición de los impactos a través de CNN. Todo el día, durante días, nuestros amigos repiten el mismo comentario: fue como en las películas. Nos preguntamos quién es el guionista, a dónde va la trama que acaba de atraparnos. ¿En qué cabeza cabe planear también un ataque al Pentágono?

12, 13, 14

Vivimos pegados a la televisión. El 11 tratamos de donar sangre, pero ya no se necesitaba. Debbie me cuenta que los hospitales están listos para trabajar al tope, pero no hay tantas víctimas. También hay demasiados voluntarios. Mucha gente se salvó antes de que se derrumbaran los edificios. Los demás ya no necesitan hospitales.

Trato de entender este libreto a través de mi recuerdo más parecido, el terremoto de 1985. Pero este desastre, que vi desde mi ventana, sucede tras una barrera de profesionalismo y eficiencia. El alcalde Giuliani se perfila como el protagonista del momento. Discuto con Chris: deberíamos hacer algún trabajo voluntario, están limitando la participación de la gente. Nos mantienen como espectadores. Su posición es la de muchos, la razonable desde el punto de vista gringo: no se trata de jugar al héroe, sino de enfrentar la catástrofe con la máxima eficiencia, recurrir a los más calificados.

Sólo nos quedan las noticias. Imaginamos muchas cosas, pero las dimensiones de la catástrofe sólo se hacen comprensibles mediante imágenes concretas, como las fotos de las víctimas que aparecen en las estaciones del metro, colocadas por familiares que buscan en los hospitales y en las morgues. No importa tanto saber cuánta gente está *missing*, sino asimilar que esa mujer de sonrisa profesional, esa gordita con acné, ese muchacho que parecía a punto de tragarse al mundo.

Tampoco se acaba de establecer el número de los mexicanos desaparecidos en las torres. Trabajaban como meseros, lavaplatos, afanadores en los negocios de los pisos superiores, ilegales invisibles en esta catástrofe que los medios están contando como si sólo hubiera afectado a los oficinistas rubios, aunque en esos días me llega una solicitud de traductores que puedan ayudar a las personas afectadas que no dominan el inglés.

Ya para este momento es insoportable CNN. Repitieron hasta la náusea los choques de los aviones, desde todos los ángulos, convertidos en animaciones, superpuestos a gráficos. Ahora los alternan con expertos que no externan distintas opiniones; sólo repiten en forma monocorde la urgencia de empezar la guerra, matar a más gente lo más pronto y lo más eficazmente posible. Mis recuerdos del terremoto del '85 son definitivamente derrotados en este país orgulloso de su poder letal

No obstante, el *Times* publica testimonios dejados por aquellos que, antes de morir en la catástrofe, pudieron telefonar a sus familias. Entre las despedidas, los juramentos de amor, los agradecimientos por la felicidad compartida grabados en las contestadoras no hay un solo clamor de venganza.

Ese sábado salimos a caminar por el barrio y nos encontramos una pequeña manifestación convocada por un candidato a la alcaldía: nuestros vecinos caminan por las calles con velas encendidas. No nos unimos porque captamos una nota discordante. Escucho con el corazón oprimido: "*We Shall Overcome*" está bien, dice Chris. "*God Bless America*" ya me gusta menos. Empezamos "*Give Peace a Chance*" y sólo una persona se nos une. Regresamos a nuestra casa entre las banderas que adornan tantas ventanas. Llegué a mi casa llorando, sintiéndonos caminar en sentido contrario de la multitud. Chris y yo acabamos cantando *Somewhere*, todavía un poco en broma pero ya conscientes de que el tiempo durante el cual habíamos sido tan felices se estaba acabando.

Para mí, esa noche, la película que se impone es *Cabaret*: no consigo librarme de la escena en que los protagonistas escapan del restaurante donde una súbita multitud corea un himno nazi.

20 o 21 de septiembre

Visito Union Square, donde han convergido muchas marchas y vigilias del sur de Manhattan. La plaza ya es una inmensa instalación colocada por innumerables participantes anónimos. No es un grito de guerra: “*An eye for an eye makes everybody blind*” es la nota dominante. La estatua ecuestre que mira hacia el hueco donde estaban las Torres Gemelas (algún héroe retratado en los dólares) lleva dos banderas azules, una con el signo de paz y amor y otra con la imagen del planeta entero. Con carteles, flores, dibujos, velas y poemas, muchos neoyorkinos han dejado un tributo a las víctimas, a los bomberos y policías perdidos, a su esperanza de paz. Una pequeña escultura de alambre representa las Torres Gemelas; un hombre que debe ser un monje budista tañe un tambor que llena la plaza con su latido, a la vez un son de duelo y un llamado a la serenidad.

Hay avisos de actos organizados para ayudar a las familias afectadas, otros encaminados a asimilar el impacto que para todos ha significado la súbita evidencia de nuestra vulnerabilidad: meditaciones colectivas, prácticas de yoga, rezos. También se anuncian los *teach-ins*: sesiones organizadas por las universidades donde se discuten aspectos de la crisis: la política norteamericana en el Medio Oriente, la religión islámica, la recesión económica, la importancia del petróleo en el conflicto. Empiezo a ver invitaciones a actos pacifistas. Para mí no es ningún descubrimiento, pero a mi alrededor todos están apabullados al comprobar que no es universal el sentimiento de admiración por Estados Unidos.

En vano busco en los noticieros o en los periódicos alguna mención de Union Square: si acaso encuentro notas enterradas en la página catorce. Días después llueve y la policía retira los mojados restos del anhelo pacifista. Sea quien sea el guionista, sólo le interesan las opiniones unánimes, aunque sea necesario fabricarlas.

Otros días de septiembre

Hace pocos días, asqueados de CNN, empezamos a ver los noticieros de la BBC. Nos parece casi increíble: tienen gente en Afganistán, en Pakistán, entrevistan a quienes han conocido y entrevistado a Bin Laden. Vemos imágenes prestadas por Al Jazeera. Otra vez recuerdo escenas mexicanas: en los días siguientes al levantamiento zapatista, todos leíamos tres o cuatro periódicos cada mañana. Aquí no hay mucho de dónde escoger: a la propaganda del *New York Times* sólo se puede oponer el frenesí guerrero del *New York Post*; sólo a veces el *Wall Street Journal* trae algún artículo interesante. Despierto angustiada cada día: no sólo ignoramos qué puede suceder; sabemos que la información a nuestro alcance está manipulada y censurada.

Chris empieza a recibir y a mandar artículos por internet. Leemos lo que se publica en periódicos europeos y mexicanos, la discusión proscrita en los medios sucede pese a todo. Es un alivio: entre bombardeos y pasiones vengativas existen todavía quienes abordan la crisis con inteligencia. En el *New Yorker*, Susan Sontag apunta algo obvio: hayan sido lo que hayan sido, los pilotos suicidas no fueron cobardes. Pero estamos sumidos en tal atmósfera de intolerancia que un conductor de televisión es despedido por decir lo mismo. Por la lista de correo electrónico que lleva Chris, su amiga Ifeona recibe una amenaza de muerte. Su delito: incluir un artículo

que discute los intereses petroleros de Estados Unidos: “*Another War for Oil*”.

Dos detalles más: un domingo vamos a oír a las representantes de la Revolutionary Association of the Women of Afghanistan (RAWA), la organización de mujeres que se ha opuesto desde hace años a los talibanes. Hay una cola de más de media cuadra fuera del edificio casi lleno, no logramos entrar. Este acto no se anunció en forma masiva, sino por el correo electrónico y volantes. No se usaban aún las redes sociales, pero su llegada era inminente.

Una de las primeras noches de la guerra, la BBC transmite imágenes de la frontera pakistani. Hay que vivir con las caras de ancianos que caminaron durante días para salvarse, niños enfermos temblando de frío. Una enfermera habla de los campos minados. Al día siguiente, el *New York Times* demuestra quiénes son los muertos importantes. La primera página de *A Nation Challenged* trae una foto rescatada de las ruinas de las torres: dos niñitos sonríen en sus trajes de fiesta; el artículo pondera las virtudes de alguien que nunca cobró el sueldo sin pensar en su familia. Recuerdo la definición de obscenidad según Roland Barthes: es obsceno quien, en un mundo donde tantos mueren destrozados por las minas y las bombas, no deja de hablar de sus miserias personales. A lo largo de septiembre y octubre, el *Times* publica más y más historias dulzonas.

7 de octubre

El día que empieza la guerra voy a la marcha de la paz. Al principio me deprime la escena, otra vez en Union Square, porque me parece que apenas habrá unos cientos de personas, prófugos de los años sesenta o adolescentes. Al cabo marchamos a Times Square, cantando la palabra paz: en árabe, en hebreo, en inglés.

Me separo de la columna que ocupa la mitad de Broadway y compruebo que ni hacia adelante ni hacia atrás veo el final de la marcha. Vinieron estudiantes, viejitos que pelearon por la República española, grupos musulmanes y feministas, ecologistas, cristianos, observadores de derechos humanos, homosexuales y lesbianas, el equipo del noticiero Democracy Now, expulsado de su estación, que ahora transmite “desde el exilio”. *You name it*: cuando finalmente ocupamos Times Square, la oradora dice que debemos ser casi doce mil personas. Al día siguiente, el *New York Times* dedica un artículo elogioso a quienes desde los márgenes insultaron la marcha: quizá veinte o treinta a lo largo de la ruta.

Octubre

Para fines de septiembre es evidente: la voluntad guerrera vociferada desde el primer día por CNN es la única, la poderosa voluntad que cuenta. Nuestros pensamientos, nuestros actos en busca de sensatez están destinados a suceder en márgenes que pueden ser espiados con autorización de leyes recién aprobadas, en un país donde se discute si será necesario torturar a los prisioneros, supuestos terroristas, que se niegan a hacer revelaciones. Alguien hace un chiste: ya que los terroristas odian nuestras libertades, eliminemos nuestras libertades.

En esta ciudad ya no es seguro el significado de nada, ni siquiera de la bandera que tantos inmigrantes musulmanes cuelgan en sitios visibles, quizá por patriotismo, por solidaridad o por miedo. Surge una cierta batalla de información, sospechamos que el *Times* replica a Al Jazeera, a un comentario que circula por la red. Pero si no se sabe mirar a los discretísimos lugares donde se esconde el *dissent* para sobrevivir, sólo hay una conclusión posible: vivimos en el paraíso del consenso, un paraíso infestado de serpientes terroríficas.

HUELLA BÍFIDA

Los restaurantes fueron uno de los sectores más afectados por el 11 de septiembre. En las primeras semanas de depresión colectiva nadie quería salir de su casa; ir a comer fuera parecía desalmado y hasta peligroso, pues circulaban rumores de guerra bacteriológica o de epidemias causadas por la putrefacción de los cuerpos enterrados entre los escombros. Fuimos a uno de nuestros lugares favoritos, normalmente lleno, y encontramos la mayoría de las mesas vacías.

Muchos migrantes quedaron desempleados y todos atravesaron momentos difíciles, pero poco a poco, quienes sobrevivieron fueron recuperándose. Fue en ese tiempo cuando conocí al chef Chemo.

El chef Anselmo Bello es uno de esos inmigrantes que pueden contar una *success story*. Él llegó a Nueva York hace diecisiete años, con la idea de juntar algo de dinero para metérselo al taller de artesanías de barro que tenía en Izúcar de Matamoros, sin imaginarse que su talento y el recuerdo de su madre iban a encaminarlo por rumbos muy distintos. Gracias a un primo entró como lavaplatos a un restaurante francés de Manhattan; pronto estaba ayudando a voltear un bistec o a limpiar un pescado, hasta que el chef le pidió que lo ayudara con las ensaladas. Podría haberse sentido muy contento, porque estaba ganando bien, pero la comida francesa le parecía un poco

simplicona. No se comparaba con los moles y los pipianes que su mamá molía en el metate, con los chiles tostados en el brasero y las salsas cocidas a fuego lento para acompañar las quesadillas con flores de calabaza cultivadas por su papá. En aquellos tiempos era difícil encontrar productos mexicanos en El Barrio, y Chemo se acostumbró a llamar a México para que le mandaran el epazote indispensable, mientras entre él, el chef Bernard y la *chef de patisserie* se establecía una comunicación que inventaba atajos entre el francés, el español y el inglés para conseguir una *crème anglaise*. Pronto, la hoja santa empezó a infiltrar los menús y a jalar clientes.

Muchos de ellos jamás se hubieran declarado aficionados a la comida mexicana y prefieren cocinas más afines a su idea de lo refinado. Desde la época de sus pininos hasta la fecha, la principal clientela del chef Chemo son neoyorkinos blancos, de clase media, que quizá leyeron alguna reseña sobre él en el *New York Times* y llegan en busca de una cocina lo suficientemente familiar como para ofrecerles patés, crepas y *tapanades*, pero dispuestos a probar ingredientes exóticos como el cuilacoche, ofrecido en el menú como un tipo de *wild mushroom*. Se dice que los neoyorkinos no comen picante porque sufren demasiado estrés y la gastritis los mataría, pero el chef Chemo sostiene que en los últimos tiempos le han agarrado el gusto a la comida más *spicy*, y noche tras noche ofrece pechugas de pato en chile ancho, mejillones con tequila y chile serrano, o *crème fraîche* de poblano. Ha encontrado la manera de satisfacer el apetito por la novedad sin atentarse contra ciertas ideas básicas de lo que debe ser una cena agradable.

El restaurante ostenta algunos adornos mexicanos, como un árbol de la vida hecho por el propio Chemo, pero está decorado con una elegancia apacible y discreta, muy a tono con su ubicación en el Upper West Side. No se presenta como un restaurante étnico.

Chris y yo conocimos a Chemo después de visitar durante varios meses el restaurante donde trabajaba entonces, un lugar llamado Max and Moritz que se anunciaba como especializado en comida austriaca y europea. Poco a poco me di cuenta de que las mezclas de ingredientes y sabores tenían que venir de México. Mi sorpresa fue no encontrarme con un joven graduado de alguna escuela de gastronomía que estuviera explorando la comida de fusión, sino a alguien que trabajaba las técnicas de la alta cocina de acuerdo con intuiciones procedentes de una antigua tradición rural. Lo vi planear una serie de postres de chocolate que se caracterizó por su leve toque picante y sus mezclas con chiles, como para pregonar su parentesco con los moles. Llevó nombres que combinaban idiomas y culturas, como el *Oaxaca Mocha Chocolate Cake with Lavander Crème Anglaise*.

A lo largo de este proceso, las artesanías de barro se convirtieron en recuerdos de un mundo al que es difícil regresar. Chemo ha llegado a ser un inmigrante con papeles, dueño de dos restaurantes en Manhattan: el diminuto Café Itzocan, en el East Village, y el Bistro Itzocan, en el Upper East Side, llamados así para rescatar el nombre prehispánico de Izúcar de Matamoros. Otros empresarios le ofrecen asociarse con él, pero no tiene la menor prisa. Un saber arraigado en su vieja cultura agraria y la capacidad de cambiar y adaptarse creativamente son capitales mucho más decisivos. “En este país el que quiere se supera”, me dice, mientras los rubios clientes del restaurante hacen cola para comerse unos tamales con azafrán y hoja santa, anunciados en un menú a la francesa.

CARRY THAT WEIGHT

Maureen traía la cabeza envuelta en una mascada verde que la resguardaba del viento y acentuaba el aire luctuoso de su figura, como si la tela enrollada en torno a su cabeza la hiciera parecer más encorvada, incapaz de sacudir la pena. No era raro que nos encontráramos en el pasillo, en el elevador o en la estación del *subway*, porque una de las clases que yo daba coincidía con la hora de su terapia. Nos habíamos acostumbrado a saludarnos, a sonreír, a sentarnos juntas cuando se podía. Así me fue contando, de la manera apresurada y fragmentaria que es posible entre vecinas que coinciden en un tren, los episodios de la infancia de su hijo Pete, cuando lo trajo de Puerto Rico, donde vivió con su primer esposo, y lo ayudó a adaptarse a vivir con su nuevo marido, un judío de Brooklyn. Yo lo conocía muy bien: había sido un gordo fumador y beisbolero antes de que el 11 de septiembre lo arrinconara en un silencio huraño.

La voz de mi vecina se quebraba con frecuencia y fui aprendiendo a escucharla con la atención precisa para que pudiera seguir y no se ahogara en lágrimas. Estaba yendo al psicólogo para no sucumbir a la depresión causada por la muerte de Pete, que al crecer se convirtió en bombero y ese día quedó atrapado en las Torres Gemelas. Cada vez que nos encontrábamos yo tenía ganas de retroceder. Hacía un esfuerzo para saludarla y empezar a hablar con ella. No podía verla sin recordar los días posteriores al ataque a las torres,

cuando todos en el edificio sabíamos que Pete Vega no había regresado, pero aún no nos atrevíamos a dar el pésame a su madre para no destruir la esperanza de que apareciera, quizá herido y seguramente en estado de *shock*, pero vivo. Yo lavaba los platos imaginando a Maureen inmóvil junto al teléfono. El aviso para pedir cualquier informe sobre Pete, colocado en el *bulletin board*, junto al elevador, se llenó de flores y de listones tricolores. Mi vecino fue uno de los héroes del 11 de septiembre.

La ciudad estaba paralizada. No había nadie en los restaurantes normalmente atestados, la gente sonámbula dejaba de hablar cuando el *subway* salía del subterráneo para recorrer ese trecho de Brooklyn desde donde se ve la Estatua de la Libertad, pero ya nunca más las Torres Gemelas. Sonámbulos: todos mirando el mismo hueco, incapaces de despertar. O esas estaciones del sur de Manhattan donde ya no se paraba el tren pero se sentía tanta pena al pasar entre los andenes vacíos, si es que así es como se dice en español la contrita y cabizbaja palabra *sorrow*, la sensación de avanzar bajo tierra y entre tantos muertos.

Con las semanas recuperamos la capacidad de funcionar, pero se me hizo más difícil vivir en Nueva York, hablar con la gente apasionada por la necesidad de la guerra contra Afganistán. Veía las casas llenarse de banderas y lemas patrióticos y trataba de entender qué era ese país, que a tanta muerte respondía vociferando por más muerte.

Esa mañana aún hacía frío. Estábamos empezando una primavera cuyos colores anárquicos parecían fuera de lugar ante la unanimidad tricolor. Saludé de lejos a Maureen, pues el tren venía muy lleno y no pudimos sentarnos juntas. Ya cuando llegué al Village la había olvidado; apenas tenía tiempo de llegar a la universidad, dar mi clase, atender a mis alumnos, entrar a la rutina de todos los miércoles en la mañana. Cuando por fin me senté en la banca de la estación del

subway para tomar el tren de regreso estaba cansada y agradecí esos pocos minutos de calma. Me puse a mirar la pared, acostumbrada a dejar que los grafitis y los anuncios me ayudaran a vaciarme, a disfrutar de la sensación de no hacer nada.

Habían pintado las paredes y había unos anuncios advirtiéndome que la pintura estaba fresca. Pero no. No decían WET PAINT, sino WANT PEACE. Con la misma letra, el mismo color neutro pero WANT PEACE. Me parecieron un abrazo, un saludo inesperado. En la ciudad ahogada de banderas y lemas patrioteros había otros como yo.

Una mujer furibunda bajó las escaleras y empezó a arrancar los carteles. Reconocí a Maureen.

Saqué los carteles del bote de basura y volví a pegarlos en la pared, sólo para verla enfurecerse todavía más y romperlos en pedazos antes de encaminarse hacia mí desbordada por un justo aborrecimiento, como si yo hubiera precipitado a Pete por la escalera en llamas. Esa mañana yo había visto en el noticiero a los ancianos que huían a pie entre las minas de Afganistán, a los niños que tomaban una sopa en el campo de refugiados.

“Esos árabes nos odian”, me dijo. Mis seres queridos, mi marido que siempre ha sido tan simpático podría ser la próxima víctima si no nos defendíamos. Me oí decirle que si seguía deseando la guerra quizá le tocaría morir primero, y la llegada del tren no nos dejó seguir gritando.

El regreso a Brooklyn fue más silencioso. Nuestra principal preocupación fue calcular la manera de salir del *subway* sin enfrentarnos, tal como evitamos que nuestras miradas se cruzaran dentro del vagón y seguimos evadiendo los encuentros en los meses siguientes, en esa estación tan afortunadamente enorme. Sólo puedo decir que no me despedí de ella cuando me fui de Nueva York. Tampoco creo que le hiciera mucho provecho leer estos apuntes.

UN MUNDO PROCESADO

Cuando Chris y yo nos conocimos hablamos de tener hijos, como todas las parejas que empiezan a consolidarse. Yo le había señalado que si de veras quería hacerlo no teníamos mucho tiempo, pero luego empezamos a vivir juntos en sitios provisionales, al fin rentamos nuestro departamento en Brooklyn y vivimos dos o tres años ahí sin volver a pensarlo. Ya cuando nos casamos, en el año 2000, mi reloj biológico se había vuelto muy audible. No era un tictac urgente, pero sí una clara advertencia.

Antes de conocerlo yo había dicho muchas veces que quería tener hijos, aunque por una razón u otra jamás lo había intentado. O no estaba con el hombre adecuado o no tenía pareja o pensaba que había mucho tiempo por delante; siempre había cosas más urgentes que resolver. Sin duda en uno o dos años más, o en la siguiente década, cuando el deseo fuera lo bastante fuerte para imponerse sobre las tesis, los libros, el dinero, la vida. Era una especie de deber ser, requisito indispensable para ingresar a la normalidad. Estaba llegando el momento.

Si lo hacíamos, tanto nuestra familia mexicana como la gringa iban a celebrarlo. Una de las hermanas de Chris me mandó un *kit* para que aprendiera a tomarme la temperatura y a determinar los momentos más fértiles de mi ciclo. Cuando se lo mostré a Chris estuvimos de acuerdo en que sería horrible imponerle a nuestro futuro bebé una rutina tan estricta aún antes de nacer. Si pensaba llegar a este mundo, lo mejor sería la espontaneidad.

No teníamos prisa. Nuestro futuro era incierto y nuestra situación precaria, pero nos sentíamos felices. Nos hubiera complicado muchísimo la vida, pero lanzamos la moneda al aire.

Pasaron meses sin la menor señal de embarazo. Hubiera sido fácil acudir a un experto. Mi amiga Debbie era partera y yo trabajaba una vez por semana en un hospital ginecobstétrico, pero de nuevo la idea de seguir un tratamiento me hizo retroceder. No quise forzar algo tan importante; pensé que si hubiera sido mi destino tener un bebé, el embarazo no se hubiera hecho esperar. En plena *middle age* Chris y yo descubrimos el significado de palabras que habíamos oído mil veces sin pensar en ellas: *choice*, decisión, maternidad voluntaria. Incontables generaciones antes que nosotros se habían reproducido con la aceptación irreflexiva que da lo inevitable. Nosotros, como muchísima gente de nuestras generaciones, encontramos que podíamos optar por no hacerlo. No era mala idea.

Para una mexicana, decir no a la sagrada vocación de ser madre es un acto a contracorriente. Durante años, cada vez que yo dije en México que no quería tener hijos escuché respuestas escépticas, consejos bien intencionados, una franca negativa a oír lo que estaba diciendo, una incapacidad para imaginar la libertad que empezamos a sentir al pensar que no tendríamos que elegir escuelas ni pediatras. Si en Nueva York nadie se asombraba, en México me costó años dejar de esconderme tras excusas y decir abiertamente que nunca quise hacerlo, pero al fin acabé publicando en el periódico un pequeño grito de independencia:

SIN NIÑOS

Parirás con dolor: una frase muy clara para señalar el peso atribuido a la maternidad, senda de sacrificio a lo largo de la cual la mujer irá perfeccionando el arte de dar y dar y dar,

encontrando su felicidad más profunda en la de otros. Nadie niega que muchísimas lo intentan con entusiasmo, pero con igual naturalidad debería comprenderse que a otras la idea les parezca fatal. ¿Qué tal la pasión de dedicarse por entero al estudio, a la ambición, al trabajo? ¿O una vida de creatividad e invención? ¿Consagrarse a relaciones en las que la otra persona es lo importante, en vez de ser otro eslabón de las generaciones? ¿Y la posibilidad de disfrutar una vida sin hijos?

Al parecer esa idea, una mujer dedicada a hacer su real gana, es una de las monstruosidades más aterradoras para nuestra cultura. El día de las madres se asegura de saturarnos de propaganda materna, pancitas embarazadas, bebecitos sonrientes, ya le salió el primer diente, ya dio el primer paso. ¿Quién se fija en los miles de mujeres que se apartan para ocultar un gesto de fastidio?

Por todas ellas, por mí, por la multitud de descreídas en el ideal materno grito: *basta*. Atrevámonos a decirlo con la frente muy en alto: los bebés huelen a vómito y dan más lata que una cama con chinches.

Don't get me wrong: reconozco la labor admirable de las mamás, esas tardes dedicadas a sus niños que bailan las aventuras de Ricitos de Oro en viaje interplanetario mientras llenan los muebles de caramelos chupados. Las he consolado de la angustia producida por esos momentos felices, ya porque lo que les queda al final de día es un montón de ropa sucia o porque cuando acuestan a los pequeños necesitan trabajar en algo que les interesa y (con un poco de suerte) podrán hacer con más dedicación al cabo de unos años, cuando ellos crezcan.

Pero qué maravillosa sensación llegar a una casa limpia donde se puede poner un disco o disfrutar del silencio o hablar por teléfono o recibir a los cuates. Qué felicidad es tener tiempo.

Qué deliciosa libertad imaginar una ancianidad en la que no tendrá que extraerse de los hijos el sentido de la vida, pues una misma tendrá que sorprenderse y reinventarse.

Cuánto espacio en una vida adulta que no se consagra a descubrir en qué falló la crianza de los hijos ni a buscar consuelo ahora que se han ido.

Cómo duele el estigma de ser estéril cuando se puede ir a gastar el sueldo en lo que a una se le antoja.

Qué increíble vivir donde no sucede lo esperado. Ahora que ese viejo cacharro, la mujer, se rompe y hace agua por todas partes, qué bueno es mirar más allá de sus pedazos.

HUELLA BÍFIDA

Al cabo de un tiempo la asistente de Hugo Hiriart me explicó que era muy difícil apoyar el proyecto con las migrantes, porque encargarse de los niños mientras sus mamás tomaban clases de español implicaba una responsabilidad excesiva para ese pequeño instituto que existía, más bien, para promover la cultura mexicana. Ya tenían bastante con organizar exposiciones y muestras de cine. Iban a editar un libro sobre los mexicanos que han vivido en Nueva York, como Antonieta Rivas Mercado o José Juan Tablada o Martín Luis Guzmán, en el que yo podía colaborar, si quería. Por cierto, no me podían pagar por mis colaboraciones tanto dinero como Hugo me había prometido; tendría que ser algo más razonable, sobre todo porque no habían conseguido quién financiara el suplemento y probablemente no iba a aparecer nunca.

Aunque nunca sabré qué tanto de este interés en mis labores fue fingido ni si alguna vez pensaron trabajar con las migrantes, fue muy clara para mí la voluntad institucional por concebir la cultura en los términos más inofensivos. Debbie y yo acabamos improvisando un servicio para encauzar a las mexicanas (y a varias salvadoreñas, guatemaltecas y hondureñas que ya empezaban a buscarnos) hacia quien pudiera atenderlas: muchas se quejaban de violencia doméstica, necesitaban asistencia psicológica, orientación legal o laboral. Nosotras empezamos a conocer y a contactar a la red de organizaciones que podían atenderlas gratuitamente para ayudarlas

a encarar la vida en esa ciudad tan distinta de todo lo que habían dejado atrás.

Casi hasta el final seguí yendo al Bronx. Las migrantes siempre siguieron sorprendiéndome con sus mezclas de abnegación y audacia, de voluntad de cambio y de tradicionalismo, de sensualidad y devoción. Eran el sostén de sus familias, pero iban ganando más independencia y más ideas para usarla, como me demostró Lucía, una migrante a quien conocí por casualidad.

Me estaba alistando para regresar a Brooklyn una mañana en la que no había sucedido nada especial, cuando Debbie me preguntó si tenía tiempo de ver a una muchacha que estaba a punto de salir del hospital. “Vino sola, le haría bien hablar contigo”, me dijo.

Me dirigí a la sala de recuperación, donde Lucía estaba acabando de vestirse. Apenas aceptó que la ayudara a cargar la bolsa donde había traído algunas cosas personales, porque en todo momento me demostró su fuerza, su perfecta autonomía, su capacidad para salir de cualquier bronca sin más ayuda que la suya propia. Le repetí las recomendaciones de los médicos para asegurarme de que las había entendido, porque sólo había hablado con una trabajadora social que no sabía español. “Es muy importante que te tomes los antibióticos”, le dije. El aborto había salido bien y no debería tener ningún problema, pero en esos primeros días necesitaba cuidarse.

Le gustó poder hablar con alguien después de esa larga mañana en manos de angloparlantes. Se sentía bastante bien y estaba muy segura de la decisión que había tomado, cosa sorprendente, pues muchas migrantes retroceden ante la idea del aborto. Pero Lucía me dijo que no había venido tan lejos para llenarse de hijos. No porque no le gustaran los niños:

tenía una hermanita en su pueblo, en la mixteca guerrerense, una niña de cinco años a quien adoraba. Todo el tiempo juntaba dinero para comprarle regalos y le hablaba por teléfono cada vez que podía. Le hubiera encantado tener el bebé, pero el tipo que la embarazó le dio la espalda en cuanto lo supo.

Se había salido de su pueblo porque en su casa hacía falta el dinero. Su mamá las abandonó cuando ella era muy chica y por eso ella y su hermanita habían crecido con la abuela. En cuanto tuvo la edad suficiente, Lucía tomó la decisión y cruzó a pie la frontera con un grupo de puros hombres que medio la protegían y medio le hacían burla. En Nueva York trabajaba como sirvienta y ganaba muy poco. Si llegaba a tener el bebé iba a tener que mandarlo de regreso a México, para que se lo cuidara su abuela. Eso la convenció. “No vine hasta acá para abrirme de patas”, me dijo con el ceño fruncido.

La acompañé más de una hora en el *subway*. En algún momento del trayecto supe que tenía dieciséis años. Le repetí que había tomado una buena decisión y podía recurrir a nosotras si necesitaba cualquier cosa, pero no quiso que la acompañara a su casa. Antes de bajarse del vagón la vi acomodarse la ropa, la mochila que le colgaba del hombro, pequeña y erguida.

Nunca volví a saber de ella.

Mi vida en Nueva York se volvió mucho más difícil después del 11 de septiembre. Aunque estaba a punto de terminar el doctorado, me sentía atrapada en un proyecto que había dejado de interesarme y en una ciudad donde quienes menos imaginaba resultaban partidarios de la guerra. La inestabilidad económica en que vivíamos Chris y yo proyectaba su sombra hacia el futuro, pues no sabíamos a dónde nos llevarían los azares del *job market*, que quizá nos dispersaría hacia lugares distintos. Era una conversación recurrente entre los estudiantes de posgrado: las condiciones de trabajo eran cada vez más difíciles, pues las universidades preferían contratar a los nuevos profesores por pocos años, para así no incurrir en demasiadas obligaciones laborales y asegurarse un personal siempre nuevo, ansioso de hacer méritos para conseguir un contrato definitivo más y más improbable.

Empecé a buscar opciones fuera de la universidad, pese a las restricciones impuestas por mi visa. Mi relación con las mujeres del Bronx me abrió la posibilidad de trabajar para una organización independiente que atendía a las comunidades latinas de la ciudad. Quizá gracias a ellos podría conseguir un empleo aceptable para las autoridades migratorias: si lo lograba tal vez podría quedarme uno o dos años más. No funcionó, pues varias semanas después de la entrevista, cuando ya imaginaba que habían seleccionado a alguien más, me avisaron que carecían de fondos para contratarme. Aunque

seguí yendo al Bronx, comprendí que tenía pocas posibilidades de convertir ese trabajo voluntario en una actividad económicamente viable que me permitiera solicitar otro tipo de visa. Para entonces ya sabía que el suplemento planeado por Hugo Hiriart iba a quedar en buena intención.

Decidí terminar el doctorado de una vez para resolver mi problema migratorio. Chris y yo habíamos consultado a dos abogados distintos, pero ambos opinaron que no había manera de revocar el requerimiento que me obligaba a regresar a México aunque estuviéramos casados. Sólo si vivía en México por los dos años fijados en la visa podría quitarme de encima la vigilancia del INS, aspirar a la *green card* y regresar a vivir con Chris en condiciones más tranquilas. Los ataques del 11 de septiembre hicieron aún más severas estas restricciones, pues se descubrió que quienes estrellaron los aviones habían entrado a los Estados Unidos con visas de estudiante.

Cambié de directora de tesis. Me despedí de la estrella en *queer studies* hispánicos y conseguí una asesora más flexible. Ya sabía que en el momento en que me graduara empezaría la cuenta regresiva, pues sólo podría quedarme otros treinta días en Estados Unidos.

La tesis se había convertido en un problema. Al empezarla me había parecido que los *queer studies* abrían un campo atractivo para los estudios hispánicos, pero en todos esos años no había logrado escribir un solo capítulo satisfactorio para la eminencia que me dirigía. Por mucho tiempo acepté que podía leer y reflexionar más a fondo, hasta que no me quedó más remedio que registrar su hostilidad. En una lamentable réplica de la teoría de género que discutíamos, ella ocupaba una posición de autoridad intolerante y yo estaba dispuesta a articular cualquier disculpa, a avergonzarme de cualquier deficiencia.

Le pedí una cita para revisar mis últimos avances. Era difícil, pues viajaba constantemente, así que me pidió que le

enviara el texto a su casa. En ese tiempo los dólares del envío eran un gasto relativamente grande para mí, pero la obedecí y esperé a que volviera de su congreso en algún lugar de América del Sur. Cuando se cumplió el plazo recibí una llamada inesperada: me reclamó furiosa el atrevimiento de enviar a su casa trabajo relacionado con la universidad. No me atreví a decirle que ella misma me había dado la dirección, pero sí entendí que era absurdo imaginar que discutía algo con ella, ya fueran malentendidos de la vida cotidiana o teorías de la sexualidad o proyectos literarios. Poco después la llamé yo para decirle que no podía seguir trabajando con ella.

Como su poder en la universidad era muy grande, ella decidió quién iba a dirigirme a partir de ahí. Ya que no había nadie dispuesto a enfrentarla, en los meses siguientes me entrevisté con sinodales que me ayudaron a terminar bien el trabajo planeado, sin demasiadas ambiciones. Sí, al fin y al cabo me gradué. El título del doctorado no está colgado en ningún sitio de mi casa, sino guardado en un cajón, en homenaje a la epistemología del clóset que leí con tanto esmero, pero ahora yo también soy profesora universitaria.

La ley concede treinta días, a partir del examen final, para que quien termina un programa de estudios permanezca en Estados Unidos. Durante ese breve periodo de gracia, Chris me acompañó a tomarme unas fotografías para iniciar el trámite de la *green card*, una lejana promesa que sólo podría cumplirse al terminar la estancia en México. No teníamos planes muy concretos para ese periodo, pero sabíamos que de una manera u otra íbamos a seguir juntos, aunque de repente la frontera se abriera entre nosotros.

HUELLA BÍFIDA

El regreso a México fue mucho más complicado de lo que me había imaginado. Sin casa ni empleo, empecé dando clases sueltas en distintos lugares; luego conseguí un trabajo de tiempo completo, luego otro mejor. Cuando se cumplieron los dos años ya no era fácil deshacer lo conseguido con tantos esfuerzos. Ahora tengo un departamento en la Ciudad de México. A veces ni siquiera miro a la mujer con alas que está junto a la puerta de entrada, pero de vez en cuando me gusta imaginar que el personaje pintado por Mona Caron deja de pedalear para participar en una discusión política, como yo he hecho tantas veces: me ha visto salir a protestar por el intento de desafiarme a López Obrador y el fraude electoral de 2006, a unirme a los estudiantes de #YoSoy132, a gritar contra la masacre que se llevó a los normalistas de Ayotzinapa. Como yo, sigue creyendo que otro mundo es posible.

Chris vive en Nueva York. Acabamos separándonos después de varios años de sortear las dificultades fronterizas y laborales: ahora somos profesores bien establecidos en nuestras universidades, pero cada quien se quedó en su país. De vez en cuando nos hablamos por teléfono para ponernos al tanto de los últimos sucesos de nuestras vidas. Hace tiempo dejamos de ser una pareja, pero aún tenemos mucho que contarnos: discutimos las películas que nos gustan, las noticias internacionales, nuestros descubrimientos literarios, las anécdotas de las universidades, los cambios en nuestras familias y

en nuestras vidas. A veces iniciamos una conversación sobre la dificultad de entender otro país, otra cultura. Sobre lo inagotables que pueden ser esos encuentros llenos de aprendizajes y retos.

Es raro que regrese a Nueva York. La última vez que fui me pareció muy extraño estar ahí de visita: me hacían falta las rutinas y las prisas. Descubrí cicatrices que nadie más ve, porque varios de los lugares que frecuenté ya no existen. No encontré, por ejemplo, el restaurante del chef Chemo; tampoco conservo las direcciones de las mujeres que iban al hospital del Bronx. Muchos amigos de esa época están dispersos en otros lugares: Debbie se mudó a Israel, Kamau volvió a Barbados. No sé si aquella vez percibí algo real o me dejé llevar por mis cavilaciones, pero la ciudad me pareció menos eufórica, como si las marcas dejadas por el derrumbe de las torres no se limitaran a la arquitectura. Tal vez sólo sentí qué imposible es el encuentro con la vida que tendría allá, interrumpida en forma tan brusca, aunque estaba advertida desde el principio por las condiciones de la beca que me llevó allá. Y al mismo tiempo, mientras me despedía de Chris, al cerrar la maleta con las últimas cosas que había dejado en nuestro departamento de Brooklyn, pensé que algo de la ciudad sigue estando en mí siempre, algo aprendido, recordado, inapresable pero vivo. Como ella.

ÍNDICE

| | |
|--------------------------------------|----|
| <i>Carry that weight</i> | 9 |
| Escribir porque sí, por ver si acaso | 15 |
| Un mundo procesado | 19 |
| Huella bífida | 23 |
| Un mundo procesado | 29 |
| Escribir porque sí, por ver si acaso | 33 |
| Huella bífida | 35 |
| Un mundo procesado | 51 |
| Huella bífida | 57 |
| Un mundo procesado | 61 |
| Escribir porque sí, por ver si acaso | 65 |
| <i>Carry that weight</i> | 77 |
| Un mundo procesado | 81 |

| | |
|--------------------------------------|-----|
| Escribir porque sí, por ver si acaso | 85 |
| Huella bífida | 89 |
| <i>Carry that weight</i> | 91 |
| Huella bífida | 99 |
| <i>Carry that weight</i> | 101 |
| Huella bífida | 109 |
| <i>Carry that weight</i> | 113 |
| Un mundo procesado | 117 |
| Huella bífida | 121 |
| Un mundo procesado | 125 |
| Huella bífida | 129 |

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

José Narro Robles

Rector

María Teresa Uriarte C.

Coordinadora de Difusión Cultural

Rosa Beltrán

Directora de Literatura

Leticia García Cortés

Subdirectora

Víctor Cabrera

Martha Santos Ugarte

Editores

And then... Andenes. Crónicas DF-NY,
de Adriana González Mateos,
de la serie Diagonal de la Dirección de Literatura
de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM,
se terminó de imprimir el 10 de marzo de 2015 en los talleres
de Gráfica Premier, S.A. de C.V., Calle 5 de Febrero 2309,
Col. San Jerónimo Chicahualco, C.P. 52170,
Metepec, Estado de México. Se tiraron 1000 ejemplares
en offset en papel cultural de 90 g. La tipografía
se realizó en tipo Garamong 11, 10 y 9 puntos.
La edición estuvo al cuidado
de Martha Angélica Santos Ugarte y la autora.